

SERVICIO SECRETO

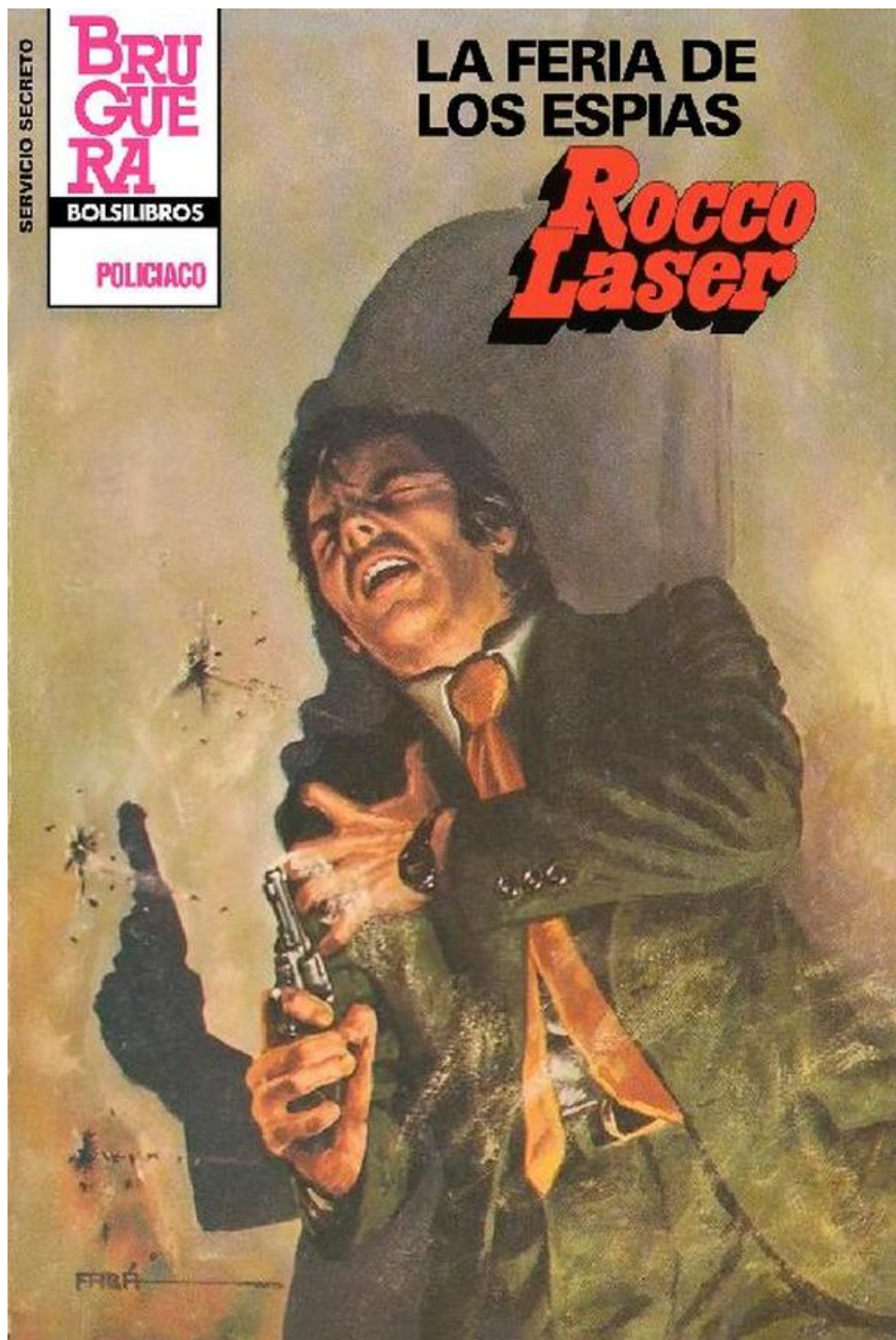
BRUGUERA

BOLSILIBROS

POLICIACO

**LA FERIA DE
LOS ESPIAS**

**Rocco
Laser**





**SERVICIO
SECRETO**



CURTIS GARLAND

LA FERIA DE LOS ESPIAS

SERVICIO SECRETO n.º 1744

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 23.070 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: agosto, 1983

1.ª edición en América: febrero, 1984

© Rocco Laser – 1983

texto

© Fabá – 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Bill Mason, cercano a los treinta años, moreno, muy alto y ojos negros, acabó de engullir la última porción de langosta a la «Thermidor».

—Esto es vida, ¿eh, Max?

Su amigo Max pesaba más de cien kilos y tenía aspecto de búfalo. Ya saboreaba el flan «Emperateur», después de una copiosa comida que fue desde la sopa de aletas de tiburón hasta la costillada de ciervo.

—Tener dinero es fantástico, Bill —suspiró, soñador.

Bill emitió un pequeño eructo.

—Sí, Max. Es bonito.

—Gracias a los quinientos dólares que ganaste en la ruleta, ahora nos podemos pegar la gran vida en este hotel de lujo en Kansas City. ¡Ah, Kansas City, qué buena eres con dos humildes tipos como Bill Mason y Max Leonard!

—Bien dicho, Max —dijo Bill.

—Sobre todo después de los días que hemos pasado en el Este. Incluso nos tuvimos que endilgar la sopa de centeno en un comedor del ejército de salvación.

—Estamos en la cumbre, Max —sonrió el joven Bill.

El camarero que los atendía se inclinó reverencioso y pareció durante un momento que era una reproducción de Nosferatu, el vampiro, porque su figura era alargada y de perfil macabro.

—Los señores querrán cigarros. ¿Habanos?

Bill, el joven moreno, de pupilas muy negras, te dirigió una mirada severa y algo despectiva.

—¿Es que lo pone en duda, compadre? Queremos dos puros que atraviesen la mesa para rematar esta excelente cena.

—Qué graciosos son los señores.

—Los señores quieren puros y nada de lisonjas.

—Oh, perdón...

—Acérquenos dos buenos habanos con el aroma adecuado. Nada de cigarros secos; ¿entendido, hermano?

—Por supuesto, señor.

El camarero se apañó y el corpulento rió con ganas:

—Eres extraordinario, Bill. Cuando tienes pasta, sabes tratar a la gente como se debe, infiernos, tienes clase.

—Acaba tu pastel y no abras la boca, Max.

Éste asintió y engulló el resto del flan «Emperateur» que constaba de la porción en forma de torre, rodeado de frutas tropicales, todo remojado con *whisky* de la mejor clase.

Cuando llegaron los habanos, Bill y Max encendieron gracias a un largo fósforo dorado que les ofreció el camarero.

Max despachó un eructo, y luego un chorro de humo.

Algunos comensales, vestidos elegantemente, se volvieron con desagrado.

El joven Bill cerró un ojo a una señora estupenda que empezó a levantar la barbilla orgullosamente, pero al fin le correspondió con un esbozo de simpatía.

También el corpulento Max fruncía los labios hacia otra dama de la vecina mesa que le devolvía una sonrisa.

—Eh, muchacho, ¿sabes lo que necesitamos?

—Dos mujeres.

—¿Cómo lo has adivinado, Bill?

—No hay que ser un lince. Después de tener una cena copiosa en el mejor restaurante de Kansas City, un cigarro tan grande entre nuestros dedos y el champán que hemos ingerido, es lógico que se nos desaten ciertos impulsos naturales.

—Te expresas como un libro abierto, Bill.

—Es que lo soy, pequeño.

—Tienes cultura, Bill. Eres el mejor vendedor ambulante de piensos compuestos *Look* para puercos. Conseguimos rebasar las ventas de todos los agentes en el segundo semestre. Miles y miles de libras vendidas.

—Baja la voz, Max. Quiero parecer un tipo importante. No un maldito vendedor de piensos compuestos para puercos.

—Pero es lo que somos, Bill. Vendemos esos piensos de esquina en esquina y así podemos ir viviendo. Menos mal que tuvimos un golpe de suerte en la ruleta y ganamos quinientos pavos. Somos ricos, Bill. Un par de tipos importantes.

El camarero se aproximó, inclinando su figura de vampiro:

—Entiendo que los señores querrán dos copas de *brandy* «Gran Napoleón I».

El joven Bill Mason le dedicó una fulminante mirada.

—Oiga, pollo. No somos unos ganaderos enriquecidos. Tenemos gustos muy refinados.

—Oh, perdón. Entonces desearán el «Gran Maine Europa».

—Dio en el clavo, hermano.

El camarero salió corriendo.

El grandullón Max daba la sensación de hallarse deslumbrado.

—Infiernos, Bill, ¿dónde aprendiste esas cosas?

—¿Qué cosas, muchacho?

—Me refiero a esos nombres raros de *brandies* de alta categoría.

—Uno tiene su cultura, hijo.

—Eres grande, Bill.

—Sólo un metro noventa.

—Pero sabes tratar al personal como si fueras un rey.

—Es que tú serás siempre un plebeyo, Max.

—No tengo mundo, Bill —arrugó los labios el grandullón—. Eso es lo que me pasa.

El camarero llegó con el *brandy* y la cuenta.

Bill examinó la nota con cierto desagrado.

—Ha olvidado su propina, hermano.

El camarero balbució:

—¿Propina? Siempre me la ofrecen después.

Bill hizo una mueca.

—Es lógico, en un tugurio como éste. Cuando mi amigo y yo cenamos en el Waldorf Astoria el propio camarero se adjudicó diez dólares en la cuenta y yo la firmé.

—¡Cielo santo, señor! ¡Esto es un fallo de la casa!

Bill compuso un gesto de repulsión.

—Estos «saloons» de baja estofa tienen mucho que aprender de los lugares con finura. Ahora, como castigo, apúntese sólo cinco machacantes, hermano.

—¡Muchas gracias, señor!

—Deje que firme la nota.

El camarero pestañeó confundido.

—¿Ha dicho firmar?

—Naturalmente, lacayo. Yo jamás pago en el acto.

—¿No?

—En los lugares elegantes que hemos pisado mi socio, y yo, jamás se nos obliga a pagar en metálico. ¿Entiende, saltamontes? Ya pagamos después de abandonar las *suites*.

—¿Ha dicho *suites*?

Bill respiró con fuerza, como armado de paciencia.

—Sí, hermano. Queremos dos *suites* de la mejor calidad. No vaya a ofrecernos dos cuartos con chinches.

—¡Aquí no hay chinches, señor! —exclamó el camarero horrorizado porque estaban llamando la atención de los comensales.

—Por si acaso me dormiré con un martillo en la mano —replicó Bill—. Para aplastarlos contra la pared.

El camarero quedó tan confundido que asintió con vehemencia y echó a correr después que el cliente de ojos y cabellos negros firmara la nota.

Llegado a aquel punto, el corpulento Max tuvo un ligero acceso de tos, producto de una rara sospecha.

—Eh, Bill. ¿No te estás pasando?

—¿Qué quieres decir?

—Con quinientos dólares no se pueden hacer milagros. Conque no pretendas que durmamos en los mejores cuartos después de esta cena de príncipes. Aunque quinientos pavos son muchos pavos, infiernos...

El joven llamado Bill suspiró profundamente:

—Eran muchos pavos, Max.

El grandullón Max abrió los ojos con alarma.

—¿Qué quieres decir, Bill?

—Primero agárrate a la mesa.

—¡Ya estoy agarrado, demonios! ¡Habla!

Bill proyectó un chorro de humo del cigarro. Lanzaba varios círculos al aire en cada bocanada.

—No tengo dinero, Max.

Max emitió un gemido y el puro se le cayó de la mano.

—¡Repíte eso, Bill!

—Estoy sin blanca.

—No —empalideció el socio de Bill.

—Sólo tengo polvo en los bolsillos.

—¿Polvo? ¿Y los quinientos machacantes que ganamos en la ruleta de Archie? ¿Y los quinientos del alma?

El joven Bill prolongó el suspiro de antes.

—Se los llevó el viento.

—¡Estás bromeando, Bill! ¡Me quieres tomar el pelo!

Los comensales de alrededor se volvieron ante el grito de terror del hombrón.

Éste bajó la voz y agregó, espantado:

—No me digas que los has perdido, que te los gastaste, que se esfumaron...

—Esfumarse es la palabra justa, Max.

El aludido desencajó la boca de par en par.

—¡Maldición, ahora caigo!

—¿Sí?

—¡Aquella fulana francesa! ¡Lili *la Escultural*!

—Diste en el clavo.

—¡Te sacó hasta el último centavo!

Bill emitió una seca tosecilla.

—Sólo cien. El resto lo perdimos en los dados. Ah, qué mala noche... —dulcificó el rostro y añadió—: Aunque no tan mala.

—No, condenación, no...

—Lo siento, Max.

Max gemía por lo bajo.

—Esto no es justo, Bill. No puede pasarme a mí. Soy un tipo honrado. Un vendedor de piensos compuestos para cerdos. Aunque estamos fuera de la ley porque no tenemos licencia reglamentaria...

—Levanta la moral.

—¿La moral? —repitió Max con un gallo en la voz—. ¿Qué moral puedo tener después de comer como un príncipe y no poder pagar la cuenta?

El joven moreno compuso una mueca.

—¿Pagar? Ésa es una repugnante palabra.

—¡Muchacho! ¡No atormentes a un pobre gigantón que es un cobarde en el fondo!

—Ése es tu gran problema. Tienes pocas agallas.

—¡Es que siempre tenemos que huir de todas partes dejando cuentas pendientes! ¡Y soy un hombre que teme a la ley, a la policía...!

—Estás perdiendo el control, muchacho.

—¡Lo que hemos perdido son quinientos dólares! ¡Ésa es nuestra terrible pérdida!

El joven moreno proyectó un largo chorro de humo del enorme habano.

—Te sacaré de esto, Max.

—De momento, tengo ya la comida agria en mi venerable estómago.

—Nadie te ha pedido cuentas.

—Nos las pedirán, Bill.

—Primero tendrán que alojarnos en la *suite*.

—¿Piensas hospedarte aquí?

—Sí, Max. No vamos a dormir en la calle.

—¡Pero nos arrojarán en brazos de la policía!

—Todavía no estamos fuera de la ley.

—¡Nunca estuvimos dentro, Bill! ¡Siempre vivimos al margen! ¡Somos dos tipos al borde de la delincuencia!

—Lo dicho. Eres un sujeto con una moral muy baja.

El grandullón ocultó el rostro entre las manos.

Las últimas cucharadas del postre le resultaron muy amargas y acabó por rechazar los restos que unos momentos antes te parecían apetitosos.

—¿Cómo saldremos de esto, Bill? —gimió.

—Yo te sacaré.

—¿Y si el comisario Keller me mete muy adentro en la cárcel? ¿Cómo vas a sacarme, Bill?

—Ah, el bueno de Keller...

—¡Recuerda que la última vez que estuvimos en Kansas City nos juró que nuestros venerables huesos irían a parar a una de sus mazmorras si nos salíamos de las veredas de la legalidad! ¡Y es un tipo que cumple su palabra! ¡No quiso vernos más por aquí!

—El comisario Keller nos aprecia mucho en el fondo.

—Ya lo creo. Por eso quiere vernos cerca de él. En su cárcel. Ahí quiere verme...

—Serenidad, hermano —dijo el joven Bill.

Aunque lo que deseaba era silenciarlo porque el camarero se aproximaba en compañía del *maître* en cuyo rostro afilado se adivinaba la sospecha.

—Los señores tendrán alguna tarjeta de crédito —carraspeó untuoso el *maître*, aunque un tanto cauteloso por el pelaje de los clientes.

Bill le proyectó un chorro de humo del cigarro habano a la blanca pechera almidonada.

—Tenemos docenas, amigo. Pero acabamos de llegar en avión desde Nueva Orleans en cuyo puerto quedó amarrado nuestro yate. Allí tenemos tarjetas. Nuestra visita a Kansas es un viaje rápido. Conque pagaremos en efectivo.

El *maître* sonrió un tanto estirado, pero más tranquilo.

—Peter dijo que desean dos *suites*...

—Lo más amplias posible.

—Daré las oportunas instrucciones para que las ocupen de inmediato.

—Usted hará carrera, amigo. Sabe tratar al personal.

—Gracias, señor.

Bill hizo emerger un anillo de humo hacia la lámpara del techo.

—Mañana le hablaré al gerente del hotel acerca de sus atenciones. Mi socio, el señor Leonard y yo, estamos muy satisfechos con el servicio, caballerete.

El *maître* se inclinó un par de veces ante los clientes y corrió para preparar las habitaciones, seguido de Peter el camarero.

En aquel punto, el grandullón Max Leonard era la misma imagen de la angustia.

—Un día me dará un ataque, Bill. Ya verás cómo me da.

—Acaba tu coñac —replicó el joven moreno.

Y antes de que el gigantón engullera el licor, Bill se incorporó, pasó por la conserjería, se registró en el libro y arrebató las llaves de las habitaciones a un botones pelirrojo que los iba a acompañar.

—Anótate un par de dólares en la cuenta, hijo —indicó el joven—. Mi socio y yo sabemos andar solos por estos establecimientos de mediana calidad.

Max llegó trotando y se dirigieron a los ascensores.

Por la indicación de las placas en las llaves localizaron los

alojamientos.

Las *suites* no eran demasiado grandes y se hallaban comunicadas por una puerta central. La dejaron abierta.

El hombrón Max se derrumbó sobre la cama mirando al techo, como un sonámbulo, presa de graves preocupaciones.

Luego, recitó reproduciendo las palabras de su amigo en tono gangoso:

—«Venimos en avión desde Nueva Orleans, donde tenemos nuestro yate». ¡Si el tipo supiera que hemos viajado cientos de millas haciendo «auto stop»!

—Baja la voz, por favor.

—¡Y todo por vender los asquerosos piensos compuestos para puercos! ¡Sin licencia de vendedores ni del producto!

—Por eso podemos vender más barato.

—Sí, Bill. Porque nuestro fabricante, el viejo Terence *Look*, se dedica a fabricar esa basura para puercos en un sótano de Nueva Orleans. ¡Luego, nos envía por el mundo para que podamos vender el pienso compuesto!

—Vivimos de ello, Max.

—¿Crees que en realidad esto es vivir, Bill?

El joven saboreó el cigarro, ya tendido en la cama.

—Digamos sobrevivir. Y ya es suficiente. Hemos venido a Kansas para entrar en contacto con un ranchero importante. Nuestro viejo amigo el fabricante de piensos nos informó del modo de obligarle a comprar la mercancía para puercos.

—Chantaje. Se me ponen los pelos de punta.

Bill se aclaró la garganta.

—Vamos a estimularlo, muchacho. Nos hará un buen pedido y, luego, regresaremos a nuestro cuartel general. Quiero ganar una comisión de ochocientos dólares como mínimo.

—¿Estás seguro de que el tipo se aloja aquí?

—Sí, amigo. Ha concurrido a la feria de ganado que se celebra estos días. Y se aloja en esta caverna. No tardaré en entrar en contacto con él.

—¿Cómo se llama?

—Geoffrey Heat. Está en esta planta...

Bill se interrumpió al ver que la puerta de la *suite* se abrió de repente.

Se incorporó a medias, esperando a un camarero con una botella de champán en una heladera.

Pero se quedó atónito al ver a una maravillosa rubia que irrumpió dando traspiés.

Dio un brinco, saltó al suelo y salió al encuentro de ella.

Se trataba de una espléndida mujer de amplias curvas, ojos grandes y rostro de gran belleza.

Ella abrió los brazos hacia el joven quien la recibió sin titubear.

Percibió su intenso perfume. La enlazó con fuerza por el talle y llegó a la conclusión de que nunca había conocido a una mujer tan extraordinaria.

Ésta movió sus labios de coral como para decir algo. Pero no pudo articular ninguna palabra.

De repente, se derrumbó entre las manos del joven moreno.

Fue cuando él comprobó con horror que algo insólito estaba sucediendo.

En la espalda de la dama destacaba el mango de un cuchillo que alguien había clavado hasta el fondo.

Las pupilas magnificas de la rubia quisieron enviar un postrer mensaje al joven de la *suite*.

Pero llegó la muerte.

Aquellas verdes pupilas se pusieron vidriosas.

Max salió de su cuarto con un trote y exclamó:

—¿Que pasa ahí, Bill?

Bill mantuvo firme el cuerpo desmadejado de la rubia.

—Lo que pasa es que está muerta, Max —murmuró.

CAPÍTULO II

El gigantón Max dejó escapar un graznido de espanto:

—¿Muerta?

Bill tenía el rostro muy anguloso.

Depositó el cuerpo de la rubia en el suelo alfombrado.

—Me encuentro con la mujer de mi vida —dijo—, y resulta que la han matado.

—¡Humos sagrados, Bill! ¿Te das cuenta del lío en que nos encontramos?

—No.

—¡Yo te lo diré! ¡Una dama asesinada en nuestro cuarto! ¡La policía haciendo preguntas sobre nuestra vida! ¡Un enredo fenomenal! ¡Bill, estamos perdidos!

—Todavía no, muchacho.

El grandullón soltó una fingida risa de amargura.

—Conque no, ¿eh? ¡Ya verás la cara que pone el comisario Keller cuando nos pesque con una muerta en el cuarto! ¡Nos crucificará a los dos! ¡Y más sin justificar legalmente nuestra presencia en Kansas City!

—Venimos a vender piensos para cerdos.

—Sin licencia —masculló Max.

—Sácala de aquí.

Max dio un brinco.

—¿Cómo?

—Carga con ella.

—¡No lo haré, Bill! ¡No voy a hacerlo!

—No es la primera vez que acarreas un cadáver.

—¡No, Bill! ¡Y el último cadáver que transporté por los pasillos de un hotel fue el del tahúr de Abilene! ¡Y no lo haré con la rubia!

—Arriba con ella, Max.

—Ni pensarlo.

—¿Quieres que el comisario Keller la encuentre en nuestras suites?

Max pestañeo confuso.

—Eso sería horrible.

—Pues ya la puedes trasladar a la habitación de enfrente.

El hombrón sudaba a más y mejor.

Finalmente, obedeciendo a secretos pensamientos, tuvo un arranque y atrapó el cuerpo como si fuera una pluma.

—¡Juré que no haría eso jamás, Bill! —gritó moviendo los remos hacia la salida del cuarto, la dama asesinada sobre sus anchos hombros.

—Animo, Max —dijo Bill.

Acababa de cerciorarse con una mirada al corredor de la planta de que nadie les vigilaba.

Max salió con su macabra carga y atravesó el pasillo.

Empujó con el pie la habitación más próxima y entró en la oscuridad.

Poco después, salió con las manos vacías aunque pálido como la misma cera.

—Huyamos, Bill —murmuró.

—No podemos.

—¿Por qué?

—El comisario Keller hará preguntas.

—Siempre hace preguntas.

—Pero le resultaríamos sospechosos si abandonamos el hotel.

—Maldición, tienes respuesta para todo, Bill.

—Hay que afrontar los hechos.

Max alargó el cuello como en un gesto de dolor.

—¡No me digas que quieres meterte a detective y vas a averiguar quién la mató! ¡No me lo digas, Bill!

El joven moreno apretaba los maxilares.

—No puedo perdonar al tipo que ha asesinado a una de las mujeres más extraordinarias que he conocido.

—Bill, no me hagas morir poco a poco.

—Tú necesitas un trago y vamos a bajar al bar, muchacho.

Max asintió compungido y fue en pos del joven moreno que ya

recorría el pasillo de la planta del hotel.

Instintivamente quería poner tierra de por medio entre el cadáver y ellos.

Cuando llegaron al bar pidieron dos *whiskies* dobles y los engulleron muy aprisa.

No se sintieron demasiado confortados.

Y mucho menos cuando escucharon una voz ronca a sus espaldas que les hizo ponerse rígidos:

—¡Bill Mason y Max Leonard!

Los dos amigos se volvieron sobrecogidos porque la voz pertenecía al comisario Keller.

Bill reaccionó de inmediato y soltó una falsa carcajada.

—¡Canastos, comisario! ¡Qué gusto nos da verle!

El comisario era un sujeto cercano a los cincuenta años, con cuello de elefante, ojos grises y fríos y ancha boca que mostraba una desagradable sonrisa de lobo.

—A mí no me gusta verles por Kansas, muchachos.

Bill alzó las cejas.

—¿No quiere saludar a los viejos amigos, comisario?

—Ustedes sólo me han dado quebraderos de cabeza en las visitas que hacen a la ciudad. Ya les advertí que procuraran no volver por acá. Les dije adiós para siempre la última vez qué nos vimos.

Bill rió en tono falso.

—Qué bromista es usted, comí.

—¡No me llame «comi»! ¡Soy el comisario Keller! ¡Y será conveniente que les recuerde que debe darme el tratamiento de señor!

—Si, señor.

—¿Qué hacen en la ciudad? —inquirió el comisario.

En vez de Bill, quien respondió fue un sujeto de aspecto triste, huesudo y de ojos fríos.

—Yo se lo diré, jefe. Vienen a darle el timo a algún granjero con sus asquerosos piensos compuestos.

—Seguro, Slim.

El huesudo Slim contemplaba a los dos amigos con ojos sin vida.

—Y de paso, a meterse en algún enredo como les sucedió la última vez. ¿Recuerda la pelea y los tiros en la parte Sur, jefe?

El moreno Bill protestó a voz en cuello.

—Oiga, comisario. Y oiga, sargento Slim Dover... No tienen derecho a presuponer nada. Somos honrados comerciantes.

Los dos policías se miraron agriamente y soltaron una doble sonrisa con acentos melancólicos, burlesca y ofensiva.

Keller golpeó el hombro del joven con un dedo que parecía de hierro.

—A la más mínima, Bill Mason... A la más mínima, usted y ese búfalo sietemesino irán a la jaula. ¿Entienden bien? De modo que anden con cuidado.

—¡No me amenace, comisario! —exclamó Bill.

—No, ¿eh?

—Pagamos nuestros impuestos. Y tenemos derechos. Incluso debemos ser protegidos por ustedes. Por la policía.

—Deje el teatro, Mason.

—¡Me quejaré al comisionado como se pase de listo, comisario! ¡Y sé que usted y el comisionado no se llevan nada bien!

Keller golpeó de nuevo a Bill con su dedo de hierro.

—Escuche, cabeza de chorlito. El comisionado ha cambiado.

—No.

—El nuevo y yo somos carne y uña. Y como se salgan de la raya, usted y su amigo van a saber lo que es una mazmorra.

—Mire cómo tiemblo —dijo Bill, retador.

Se miraron con fiereza.

Finalmente, Keller desgranó aquella risita macabra que tanto erizaba los cabellos del grandullón Max que permanecía en silencio.

—Mason y Leonard —dijo—, procuren no caer en mis garras o sabrán lo que es bueno.

—Lo haremos porque no nos gustan las uñas sucias.

—¿Qué es lo que dice, Mason?

—Sólo pensaba en voz alta, comisario.

Keller fulminó a los dos socios con la mirada y comenzó a apartarse seguido de su ayudante el sargento Slim Dover.

—No piense, Mason. ¡O tendrá dificultades! —agregó.

Luego, volvió la espalda y se alejó por entre la clientela del hotel.

Max recuperó a medias el resuello.

—¡Demonios, Bill! ¡El tipo nos la tiene jurada! ¡Sería cosa de ver si supiera que hemos tenido un cadáver en nuestro cuarto!

—Cierra el pico, Max. Y volvamos a las *suites*.

—Sí, porque quiero meter la cabeza debajo del almohadón y tratar de dormir.

Los dos amigos ascendieron en el elevador y salieron al corredor de la planta que correspondía a sus *suites*.

Al llegar a los aposentos, el enorme Max no se echó en el lecho sino que inició un nervioso paseo de un recinto a otro aprovechando la puerta que los comunicaba.

—Ya está claro, Bill.

El joven se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Hemos venido a Kansas City a la feria del ganado para contactar con el importante granjero Geoffrey Heat.

—Sí, Max.

—Propongo que nos entrevistemos con él de inmediato y después de venderle los piensos, salgamos como dos cohetes de la ciudad.

—No es mala idea.

—¡No quiero ver a Keller detrás de mis pasos!

—Tranquilo, Max.

La voz del grandullón adquirió un tono quejumbroso.

—Todavía me huelen las manos al perfume de la rubia muerta.

—Reconozco que ha sido traumatizante.

—¡Ésa es la palabra, Bill! ¡Estoy con el miedo metido en el cuerpo!

—Buscaré a Geoffrey Heat por el hotel. Y le venderemos los piensos aunque no quiera.

—Pero no exageres, Bill. Si lo fuerzas, puede llamar al comisario y vemos envueltos en un gran lío por extorsionistas.

—Sólo le diré a Geoffrey que nos compre diez toneladas de comida para los cerdos de su granja o su esposa puede enterarse de que anda con una morena mexicana. Ése es el informe que nos ha dado el abuelete Terence *Look* que fabrica los piensos. Y seguiremos sus instrucciones al pie de la letra.

—El cielo nos asista —gimoteó Max—. Huele a chantaje.

—Déjame hablar con Heat y yo sabré dorar la píldora.

La puerta correspondiente al recinto de Bill se abrió de repente y en el hueco quedó destacado un sujeto de unos cincuenta años bien

trajeado.

—Trato hecho, señores.

Bill y Max soltaron sendas exclamaciones.

—¿Quién es usted? —inquirió el joven moreno.

—Geoffrey Heat.

Bill y Max respingaron a coro.

—¿Estuvo escuchando detrás de la puerta, señor Heat? —dijo el primero.

—Oí sus voces y pude captar que mencionaban mi nombre.

Bill ladeó la cabeza.

—Nuestro proveedor de piensos dijo que le ofreciéramos la mercancía.

—Y yo compro las diez toneladas que me brindan.

—Infiernos, señor Heat. Eso es un negocio rápido.

—Pero tienen que hacerme un pequeño favor adicional.

—¿Ha dicho un favor?

Geoffrey Heat acababa de penetrar en la *suite* del joven moreno y cenó la puerta despacio. Antes de hacerlo por completo se cercioró de que no había nadie presente en el corredor.

—Quieren matarme —dijo.

Bill y Max se quedaron como estatuas de granito.

Se volvieron a mirar alarmados y dieron tiempo a Heat para agregar:

—Necesito que me protejan.

—¿Por qué no recurre a la policía, señor Heat? —dijo Bill.

—Porque harían demasiadas preguntas, y estoy metido en un asunto... digamos un tanto delicado.

—¿Y nos ha elegido a nosotros?

Heat miró a Bill.

—Ustedes son dos tipos luchadores. He oído hablar de ustedes. Son valientes, audaces, dos tipos dispuestos a todo... Me contaron lo que hicieron con una pandilla de matones hace cosas de unos meses. También sabía que venden piensos.

Bill carraspeó y dijo ceñudo:

—Señor Heat. Lo nuestro no es hacer de guardaespaldas. Ya sabe que es el trabajo más difícil. Un tipo está expuesto a que la muerte venga de cualquier lado. ¿Por qué no me cuenta lo que le ocurre?

—Apenas tengo tiempo, señores.

—Bueno, nos convertiremos en su sombra.

—Sólo deben acompañarme al tejado.

—¿A la terraza?

—Sí. Tiene un lado destinado a helipuerto. Ya saben. Poseo un helicóptero particular. Lo tomaré y saldré de Kansas antes de que sea demasiado tarde. Ya regresaré cuando todo se aclare.

—De modo que usted quiere que lo protejamos hasta la terraza para poder escapar, hasta que pase todo.

—Es suficiente.

Bill asintió de una cabezada.

—Nadie le hará daño durante el recorrido. Max y yo somos muy peligrosos cuando nos lo proponemos. ¿Eh, Max?

El grandullón emitió un rugido por toda respuesta y mostró sus dos puños como dos cocos.

Bill añadió:

—Usted, a cambio, nos comprará las diez toneladas de pienso compuesto para sus puercos.

—Ya telegrafiaré órdenes para que les compren.

—Estupendo, señor Heat.

—Y además les entregaré cien dólares si consigo subir a la terraza y embarcarme en mi helicóptero.

—Andando, señor Heat.

—Les advierto que hoy han atentado dos veces contra mi vida. Una vez con rifle de mira telescópica.

—Canastos.

—Si, Mason. Por eso necesito de su protección. Sólo hasta que me embarque en el helicóptero que tengo arriba.

—Lo cubriremos por los dos flancos.

El cincuentón pareció más sosegado a pesar del nerviosismo que traslucía.

—Vamos. Mi piloto está esperando. ¿Tiene pistola?

Bill enarcó las cejas.

—Sólo llevamos cortaúñas.

Heat extrajo un arma de fabricación checa.

—Tómela usted, Mason. Oí decir que sabe disparar.

—Nací con una pistola en la boca —dijo Bill, para alegrar un poco tanto clima dramático.

Bill, Max y Geoffrey Heat se dirigieron al corredor. Los tres

hombres andaban formando un apretado grupo. Tomaron el ascensor hacia el ático.

Salieron a un estrecho rellano con una gran vidriera al fondo.

De repente, ocurrió lo inesperado.

Un fulano provisto de una metralleta surgió por un costado y lanzó una ráfaga.

Menos mal que Bill y Leonard se hallaban apercebidos porque abatieron a Heat al suelo y la ristra de balas pasó por encima de sus cuerpos.

Bill accionó el gatillo tres veces.

Y el tipo de la metralleta acusó en su cuerpo los impactos. Saltó hacia atrás y tuvo la desgracia de precipitarse por la ventana abierta.

Bill corrió hacia el hueco y se asomó.

Lo vio caer en el vacío sobre una terraza del segundo piso. Heat estaba pálido como la muerte.

También Max temblaba como una hoja.

Luego, treparon la pequeña escalera que conducía al helipuerto.

Max recuperó el aliento y gritó aterrado:

—Demonios, Bill. ¿Viste las lenguas de fuego de la ametralladora?

—Más de una noche me despertaré soñando esa pesadilla, muchacho —replicó Bill, empujando al señor Heat hacia un helicóptero que ya movía las aspas en un rincón de la terraza.

Se veían otras naves correspondientes a los clientes importantes alojados en el hotel.

Atravesaron entre ellas y se dirigieron a la de Geoffrey Heat.

Un tipo con audífonos en las orejas hizo un gesto perentorio hacia su jefe.

Heat subió al aparato y dijo alzando un poco la voz a causa del ruido del motor.

—Les recompensaré por esto. Mason. Compraré sus piensos. Y también ordenaré que les den cien dólares. Bueno... Usted recibirá una carta que le he dirigido. La hallará en la conserjería.

—¿Una carta?

Heat se acomodó en el asiento del helicóptero.

—Está a su nombre. Fíjese bien en el contenido.

—¿Qué contiene? —gritó Bill porque los motores funcionaban

estruendosamente y el viento de las hélices empujaba su cuerpo.

Pero Heat no contestó. Recuperó su pistola de la mano de Bill.

El aparato despegó.

Se elevó en el aire con premura.

Bill y Max lo vieron salirse de la terraza, alcanzar el hueco de la calle.

Y entonces ocurrió.

Fue espantoso e inesperado.

Cuando el helicóptero se hallaba a cincuenta yardas del terrado, sonó una explosión.

Donde se hallaba el vehículo aéreo de Geoffrey Heat apareció un globo de fuego.

La explosión resultó sorda, pero esparció un relámpago que iluminó toda el área.

Los fragmentos del aparato se dispersaron en el espacio.

Una de las palas salió despedida y se estrelló contra el letrero luminoso del hotel.

Las luces se apagaron con el chirrido de los cortocircuitos.

Bill y Max vieron espantados que lo poco que quedaba del helicóptero de Geoffrey Heat se desparramaba en un callejón trasero.

Y no tuvieron que hacerse la pregunta de si Heat seguía vivo.

Era evidente que había muerto junto con su piloto particular.

El grandullón Max cruzó los brazos y se cubrió los ojos.

Bill Mason se limitó a apretar los maxilares.

Y a jurar para sus adentros que el que acababa de hacer explosionar la bomba en el helicóptero pagaría por el crimen.

Se lo volvió a jurar nuevamente.

CAPÍTULO III

Los dos amigos, Bill y Max, descendieron por la escalera porque si utilizaban el ascensor podrían encontrarse con el comisario Keller, y era lo último que deseaban en este mundo.

Al llegar al cuarto piso, el de sus *suites*, vieron al botones pelirrojo que salía del ascensor.

Era un muchacho de dieciocho años, cara afilada y ojos astutos llenos de picardía.

—Gracias por los dos dólares, señor Mason, Bill Mason.

El joven Bill lo examinó con desconfianza.

—¿Qué llevas en el buche, hijo? —murmuró.

El botones pelirrojo de dieciocho años sonrió con la boca ladeada.

—Creo que ustedes necesitan mi colaboración, señor Mason.

—¿De veras?

—Aunque soy botones del hotel, estoy estudiando por correspondencia un curso de detective privado.

—Infiernos.

—Sí, señor Mason. Y creo que puedo servirles de ayuda.

—¿Cuánta ayuda?

El botones pelirrojo se rascó la pecosa cara.

—Ustedes vienen a vender piensos.

—Sabes ya mucho, hijo.

—Y necesitan saber dónde y en qué habitaciones se alojan los visitantes de la feria del ganado que se celebra en Kansas City.

—Prosigue.

—Esto se halla atestado de granjeros y ganaderos importantes. Tengo una relación de sus habitaciones que le serviría de mucho si quiere visitarlos para ofertar sus piensos compuestos.

—¿Cómo sabes que vendemos piensos?

—Porque escuché su entrevista con el comisario Keller y su ayudante el sargento Slim Dover.

—Ya.

El muchacho extrajo un papel del bolsillo.

—Aquí tiene la relación de los que se alojan en el hotel y van a concurrir a la feria del ganado.

—¿Cuánto?

El botones rió sin mucha alegría. Era un pillastre.

—Diez dólares.

Bill se rascó el fondo de su bolsillo y sólo halló pelusa porque hacía tiempo que no disponía de un centavo.

—Tendrás que anotártelo en la cuenta.

El botones titubeó dudoso.

Finalmente emitió un gruñido de conformidad.

—Está bien, señor Mason. Acepto su promesa de pago. Aquí tiene la lista.

Bill Mason repasó la relación de nombres y sus respectivos cuartos y rezongó aprobatorio:

—Es una buena lista.

—Ahí podrán ustedes hallar a los posibles compradores para los piensos que venden.

Bill examinó ceñudamente al chico.

—Hijo —murmuró—, creo que tienes un buen porvenir como detective privado.

—He obtenido excelentes notas en los últimos exámenes. Y quiero dejar de trabajar como botones de hotel y ser independiente.

Guiñó un ojo y se apartó de los dos socios silbando: «Tus cabellos de lino me vuelven loco».

Bill consultó la lista y aprovechó que uno de los relacionados se hallaba en el cuarto piso, el mismo que ocupaban en aquel instante.

Se dirigió al cuarto 422 y abrió la puerta, sin dudar.

En el interior se veía a una pareja muy enzarzada en un sofá, que se besaban con pasión.

Frenó en seco y el grandullón Max golpeó sus espaldas porque le pisaba los pasos.

—Oh, perdón —murmuró sin convicción.

El tipo del sofá se apartó de la mujer que abrazaba y rugió

molesto:

—¿Es que no saben llamar a la puerta antes de penetrar?

—Creí que no había nadie dentro de la habitación y quise dejarle mi tarjeta, señor Milis.

El sujeto de cabeza poderosa y anchos hombros apartó a la mujer que tenía entre sus brazos y frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabe que me llamo Milis?

—Kid Milis —dijo Bill—. Ése es el informe que tengo sobre usted. Y además que es un ganadero importante que acaba de llegar a Kansas City para concurrir a la feria del ganado.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bill Mason. Y este señor es mi socio Max Leonard.

—¿De veras?

La mujer se arregló el vestido un tanto abierto y se ahuecó el cabello.

Luego, se puso en pie y atravesó la habitación para esfumarse por la puerta.

Bill dedujo que había sorprendido una clandestina escena de amor y se alegró en el fondo porque aquellas situaciones resultaban muy rentables a la hora de vender piensos.

Milis parecía molesto por la irrupción de los dos socios.

—Recuerdo que recibí una tarjeta por correo. Publicidad. Pero la arrojé a la escupidera.

—Mal hecho, señor Milis —Bill avanzó resueltamente—. Usted tiene a su alcance el pienso más barato para sus animales.

—Eso dicen todos los vendedores.

—Podemos facilitarle una muestra de la comida para puercos, aves, reses... ¿La tienes ahí, Max?

El preocupado Max extrajo una bolsa de plástico llena de gránulos. No le gustaba el modo de trabajar de su amigo Bill porque lo consideraba peligroso. Pero sabía que obtenían resultados.

El hombre de la gruesa cabeza que había interrumpido su escena de amor contempló a los dos visitantes.

—En primer lugar, les ruego que sean discretos acerca de lo que han visto en esta habitación. Me refiero a la escena con la dama que acaba de salir. Tengo esposa.

Bill pestañeó con gesto deliberadamente inocente.

—Nosotros no hemos visto nada, ¿verdad, Max?

—Seguro, socio. Estamos mal de la vista.

Mientras tanto, el hombrón se llevó pensativo a la boca unos granos de pienso compuesto y los masticó.

Luego, escupió a un lado.

—Es una basura. Pero creo que contiene los elementos básicos de un buen pienso compuesto. Harina de pescado y algo más que parecen vitaminas.

Bill rió.

—Usted es un entendido —extrajo un bloc de pedidos y lo ofreció al tipo de la cabeza gorda—. ¿Quiere firmar al pie y le envío una tonelada?

El sujeto llamado Kid Milis pareció sopesar la proposición y, al fin, aceptó con un murmullo entre dientes:

—Sean dos toneladas —dijo, y firmó al pie de la hoja de pedidos.

Bill le estrechó la mano aunque el tipo se veía que era renuente a manifestaciones de simpatía.

—Gracias, señor Milis. Recibirá el pedido por avión.

—¡Y no entren en este cuarto sin haber llamado antes a la puerta!

Los dos socios salieron al pasillo.

Bill guiñó un ojo al cliente y, luego, cerró a sus espaldas. Max resolló:

—Nunca podré comprender cómo lo haces, Bill.

—¿El qué?

—Cómo puedes vender utilizando esos trucos.

—Un cliente que se besa a escondidas con una mujer, siempre es un buen cliente.

—Trabajar contigo es como trabajar sobre una maroma de circo.

—Lo importante es que ya hemos vendido dos toneladas.

—Si, maldita sea —dijo Max quejumbroso—. Porque las diez que nos prometió comprar Geoffrey Heat se han ido al infierno. Lo han matado y, además de perder el pedido, hemos perdido los cien dólares que nos ofreció por custodiarle hasta el helicóptero.

—No me lo recuerdes o estallaré, Max —dijo Bill.

Y avanza por el corredor con el hombrón siguiéndole los pasos.

Vieron aparecer por un lado al comisario Keller seguido de su ayudante el sargento Slim Dover y apretaron el paso para alcanzar

su habitación.

Pero llegaron tarde por unas fracciones de segundo porque el comisario les gritó:

—¡Quietos ahí, Mason y Leonard!

Los dos amigos consiguieron ganar la entrada a las *suites* y cerraron la puerta.

Pero el comisario golpeó con furia y rugió desde afuera:

—¡Sé que están ahí dentro!

—¿Podría jurarlo ante un tribunal? —replicó Bill.

Y luego, abrió de mala gana a la policía.

Los dos hombres al servicio de la ley irrumpieron violentamente en la habitación.

—Pueden pasar —dijo Bill, cuando ya estaban en el centro de la *suite*.

—¡No se haga el listo conmigo, Mason! —gritó el comisario—. ¡Tengo motivos para crucificarlo! ¡Y también a ese mastodonte llamado Max Leonard!

Max quedó rígido porque temía a la autoridad, pero cerró su enorme boca.

El comisario apartó un cigarro corto de su boca y apuntó con él a los dos socios.

—¿Dónde estaban ustedes? —inquirió, los dientes apretados.

—¿Nosotros, comisario?

—¡Sí, Mason! ¡Me han oído perfectamente!

Bill cloqueó la lengua.

—Bueno, ya sabe que estamos vendiendo nuestros piensos.

—Me refiero exactamente hace quince minutos.

Bill pestañeó como recordando.

—Lo último que viene a mi deteriorada memoria es que hemos estado vendiendo la comida de reses a un tal Kid Milis. Podrá comprobarlo si lo visita.

—Anótalo, Slim —dijo, con un ronquido el comisario a su ayudante el sargento.

—Ya lo registro, jefe.

Keller clavó sus grises ojos en el joven.

—¿Qué sabe del accidente? —Inquirió.

—¿Ha dicho accidente?

—¡No me haga repetir las cosas, Mason! ¡Usted sabe que se ha

producido un accidente de helicóptero en la calle, justo entre este edificio y el de enfrente!

—Bueno, escuchamos un zambombazo...

—Hable, Mason.

Bill alargó el pescuezo.

—Yo siempre hablo, comisario. Mi profesión consiste en hablar. ¿De qué quiere que hablemos? ¿Sabe qué caballo ganó por una nariz a «Belle Epoque» en la tercera carrera de Santa Anita? ¿Apostó por «Conde Drácula»? Entonces le pagarán siete a uno...

—¡Cierre el pico, Mason! —interrumpió el comisario con un alarido.

—De acuerdo, como usted dijo que hablara y lo hice.

—¡Quiero saber paso por paso todo lo que han hecho ustedes desde que llegaron al hotel Kansas! ¡Y sin omitir nada!

—¿Es que ocurre algo anormal, comisario?

El policía Keller mostró sus dientes de lobo en una sonrisa que resultaba altamente peligrosa.

—Sí, Mason.

—¿El qué?

El comisario se paseó por la estancia como un león enjaulado.

—Se lo voy a decir todo, Mason. Y seguro que hay cosas que usted ya sabe de antemano.

—Tal vez.

—En primer lugar, ha aparecido en la terraza de abajo, un pandillero de mala fama, un asesino a sueldo que se llama Tub, con tres balazos y la cabeza rota.

—Canastos.

—Alguien lo baleó en el piso de arriba y lo lanzó hacia el vacío.

—Prosiga, comisario.

—Después, hemos hallado a la secretaria rubia de Geoffrey Heat muerta en una habitación desocupada. Tenía un cuchillo clavado en la espalda.

Bill respingó.

—¿Ha dicho «secretaria de Geoffrey Heat»?

—Sí, Mason.

—Eso es horrible —murmuró Bill auténticamente afectado porque ignoraba que la muchacha muerta tuviera relación alguna con el desaparecido Heat.

—El mismo Heat —prosiguió Keller—, ha estallado en los aires con su helicóptero hace poco rato.

Bill se limitó a emitir un silbido porque era lo único que podía hacer como comentario.

Keller rechinó la dentadura.

—¡No se limite a silbar, Mason! ¡Quiero que hable!

—¿Qué puedo aportar yo, comisario?

—¡Usted es uno de esos tipos que siempre saben más de la cuenta!

—Protesto, comisario. No nos puede involucrar en esos desgraciados accidentes.

—Yo los voy a incriminar, Mason.

—¡No nos amenace, señor Keller! —protestó Bill con un rotundo tono de voz—. ¡No toleraremos...!

—Usted me va a tolerar muchas cosas, Mason.

—Cuidado...

—Hemos descubierto unas gotas de sangre que llevan a esta habitación. Los chicos del laboratorio han detectado que pertenecen al mismo grupo sanguíneo de la rubia muerta. Ustedes debieron entrar en contacto con ella. ¡Estoy seguro!

—¿Puede probarlo?

—Voy a probarlo, Mason —farfulló el comisario—. Slim, huele las manos de estos tipos. Para eso eres el mejor sabueso de la oficina.

El sargento Slim Dover atrapó la mano de Bill Mason, olisqueo y luego hizo lo mismo con la enorme zarpa del grandullón Max.

Asintió de una cabezada.

—Es el mismo perfume de la rubia muerta, jefe —sentenció.

—¡Ajá! —rió estremecedor el comisario—. ¡Y no sabían nada del asunto! ¡Y llevan en sus manos el mismo perfume que la difunta! ¡Los tengo atrapados, socios! ¡Atrapados!

—Azucenas del Pacífico —dijo otra vez el sargento huesudo y triste acompañante del comisario—. Así se llama el perfume.

Éste aproximó mucho el rostro al del joven Bill.

—Escuche, Mason. Será mejor que empiecen a contarme todo lo que saben o juro...

Bill alargó el pescuezo y soltó una risotada.

El comisario se enfureció al máximo.

—¿De qué se ríe, Mason?

Bill sacudió la cabeza, todavía riendo.

—Ha utilizado un viejo truco, comisario. Usted simula descubrir perfume de la rubia en nuestras manos y trata de obligarnos a hablar. Pero Slim Dover huele menos que un viejo perro cazador. No huele nada. Y usted sabe que ante un tribunal nuestro defensor impugnaría la prueba del olfato de Dover. Lo confundiría haciéndole oler varios frascos de perfume y nos dejarían en libertad.

—No se pase de lisio.

—Le he visto el rabo, comisario. Ni Max ni yo olemos a rubia.

—¿Cómo sabe que es rubia? ¡Lo atrapé, Mason!

—Usted lo mencionó antes, jefe. Dijo «hemos hallado muerta a la rubia secretaria de Geoffrey Heat». No somos tontos.

Keller giró la cabeza grisácea por el pelo entrecano.

—¿Lo dije, Slim?

—Sí, jefe —resolló el sargento, desolado.

Bill suspiró profundamente.

—Usted siempre quiere enredarnos en algún crimen. Pero no le valdrá de nada. Somos inocentes. Tenemos las manos limpias. Sobre todo de perfume Azucenas del Parífico.

El comisario se rascó la patilla con desesperación.

—Lo engancharé, Mason. Le juro que lo atraparé si me entero de que tienen alguna relación con las muertes ocurridas en este hotel y se calla la información.

—Déjenos morir en paz, comisario —dijo Bill simulando un bostezo.

Los dos policías batieron despreciativos las manos al aire y abandonaron la *suite* de los vendedores.

El joven Bill corrió hacia el lavabo y se lavó las manos concienzudamente con un gel líquido que olía muy fuerte.

Max entró en el inodoro porque lo necesitaba con urgencia después del encuentro con la policía.

—¿A qué viene tanto lavatorio, Bill? Ya les diste el mico con la respuesta de que eran incapaces de descubrir el olor a rubia...

—Pero pueden volver con un *spray*, rociarme las manos y descubrir que disparé un arma. Ya sabes... Lo que antiguamente se llamaba prueba de la parafina para detectar si alguien ha utilizado un arma de fuego, ahora se hace con una simple rociada de un *spray*

especial que tiene la policía. Y yo maté a Tub.

—Demonios, estás en todo.

—Hay que informarse, Max.

—Por lo menos, reconozco que has hecho un trabajo primoroso con el comisario.

—Ese viejo bastardo nos la tiene jurada y hay que pararle los pies.

—Pero a la más mínima, nos pescará y nos arrojará de cabeza a la celda.

—Conserva la calma, Max.

—Imposible, Bill. Tengo los nervios rotos. Y tú eres el que me los rompe.

—Levanta la moral.

—Está por los suelos.

La puerta de la habitación se entreabrió y por el hueco se destacó el afilado perfil del botones pelirrojo.

—¿Interrumpo? —dijo el chico aprendiz de detective.

Bill hizo un gesto con la mano.

—Mueve las patas hacia dentro, hijo.

El botones sonrió de lado.

—Le traigo un mensaje.

—¿Sí?

—En el buzón correspondiente a esta habitación había un pliego, un sobre dirigido a usted: Bill Mason. Por eso me he permitido traérselo por sólo un dólar que le costará.

—Podía haberlo recogido yo mismo —rezongó Bill.

—¿Cree que el comisario no se sentiría interesado?

Bill pestañeó confuso. Aquel chico era un lince. Lo que le estaba brindando era nada menos que el mensaje que Geoffrey Heat le había anunciado momentos antes de su muerte.

—Dame la carta.

—¿Y mis dólares?

—Te debo diez y otro de enganche. Pagaré.

El botones se rascó la mejilla con el sobre y finalmente lo entregó.

—De acuerdo, señor Mason. Y además seré una tumba, si el comisario me hace preguntas al respecto.

—En ese caso, anótate dos pavos en la cuenta.

—Gracias.

El botones silbó mirando al techo la canción de moda: «Besos al Amanecer».

Bill lo empujó hacia el exterior para sacarlo de la habitación porque no quería testigos a la hora de abrir el postrer mensaje de Geoffrey Heat.

Lo rasgó y extrajo un mensaje acompañado de billetes de banco que se abatieron en el suelo.

Max gateó precipitadamente para recogerlos porque eran de cien dólares.

—¡Cielo santo, Bill! ¡Esto es una montaña de dinero! ¡Lo menos son...!

—Cinco mil dólares —dijo Bill.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dice en la carta. Y también dice algo más.

—Léela.

Bill fue a hacerlo, pero antes abrió la *suite* y descubrió que el botones tenía la oreja pegada a la puerta.

El chico dio varios trapiés a punto de caerse, pero Bill lo enderezó y le dio una patada en el trasero.

—Largo de aquí, fisgón. Que no te vuelva a ver olfateando.

—Me estaba atando el cordón del zapato, señor Mason.

—Conviértete en humo, hijo.

El botones asintió malhumorado, aunque tuvo tiempo de captar que el contenido del sobre eran billetes importantes.

Cuando desapareció, Bill leyó el mensaje.

Eran las últimas palabras escritas del hombre al que había visto morir en el aire:

Señor Mason:

Van a matarme Estoy seguro. Si no salgo con vida, ha de hacer lo que a continuación le pido encarecidamente. Debe asistir a la feria del ganado. En el pabellón central tendrá lugar la subasta de ejemplares únicos que hayan merecido los premios del concurso. Usted debe comprar uno de ellos. Se trata de

un buey manchado de blanco y negro de buena raza llamado «Cornelius». Debe pujar lo suficiente para que se lo adjudiquen. Le adjunto cinco mil dólares. Por favor, no permita que le arrebaten el buey. Es muy importante. Si le sobra algo de dinero, considérela suyo y lo aprovecha para poner en claro el turbio asunto en que estoy mezclado. Adiós. No tengo más tiempo. Firmado Geoffrey Heat. Estoy seguro de que van a matarme.

Bill hizo una bola con el mensaje y le pegó fuego con el encendedor de gas.

Max tenía los párpados abiertos de par en par.

—¡Humos sagrados, Bill! ¡Estamos metidos en un asunto que quema!

—Sí —dijo Bill, quien efectivamente se estaba chamuscando los dedos con el mensaje que acababa de prender, y lo soltó en un rincón, flameante. Luego, pisoteó las cenizas.

Justo entonces se abrió repentinamente la puerta de la *suite* de Bill e irrumpieron en ella el comisario Keller, el sargento Slim Dover y el gerente del hotel.

—¡Lo tengo en la trampa, Mason! —gritó triunfalmente el comisario.

Bill desgranó una maldición en voz alta.

—¿Qué clase de tugurio es éste? ¿Nadie sabe llamar a la puerta?

—¡Ustedes están en este hotel, el mejor de Kansas City, y no tienen un centavo! ¡Los arrestaré por intento de fraude!

El gerente del hotel habló por encima del hombro del comisario:

—Estos dos tipos no me gustaron nada cuando los vi, comisario. Por eso le di el aviso.

Bill lo fulminó con la mirada.

—Escuche, pájaro. Me quejaré por esto a la administración del hotel. Usted ya puede buscar trabajo vendiendo perros calientes en la feria del ganado.

Todos rieron burlonamente.

Hasta que Bill extrajo del bolsillo la bola de billetes que providencialmente acababa de recibir.

—¿Quieren cobrar por adelantado en este sucio agujero, señores?

Las risas cayeron en un pozo sin fondo.

El comisario dio un brinco.

—¿De dónde ha sacado tanta pasta, Mason?

—¿Es que cree que nuestra compañía de piensos *Look* no nos proporciona los medios para viajar?

—No.

—Pues tendrá que creerlo. Y usted, gerente lleno de parásitos: dígame cuánto se debe antes de que me queje a los altos cargos.

El gerente del hotel tembló de terror.

—¡Oh, lo siento...!

—Metió la pata, hermano.

—¡Olviden el incidente! ¡Ustedes tienen todo el crédito necesario para seguir en la casa!

—¿De veras?

El gerente se aflojó nerviosamente el cuello de la camisa y sonrió con evidente esfuerzo.

—Les enviaré una botella de champán y todo olvidado —arrugó el ceño hacia el comisario y añadió—: Bien me ha hecho deslucir el nombre del hotel, señor Keller.

El comisario Keller todavía no creía en los billetes de la mano del joven Bill Mason.

Cerró la boca como un cepo y se volvió hacia la puerta.

—¡No piensen que están a salvo, Mason y Leonard! —gritó amenazador.

Luego, desapareció en el pasillo seguido de su ayudante el sargento Slim Dover.

El gerente se inclinó ceremonioso varias veces y también optó por convertirse en humo.

Los dos amigos quedaron solos.

Max sudaba copiosamente.

—Demonios, Bill. El dinero llegó muy oportuno.

—Nunca hay que perder las esperanzas de salir airoso, compañero. Y ahora a dormir.

Max asintió y trotó hacia su *suite* que se hallaba comunicada por la puerta principal.

—Dormiré —rijo—, pero con pesadillas.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, la feria del ganado se veía atestada de público vociferante repartido en los pabellones que servían para exponer distintas especies de animales.

Puercos, bueyes, aves de corral y toda suerte de bichos merecedores de ser expuestos unían sus voces a los de la gente que abarrotaba los recintos de la feria.

Bill Mason y Max Leonard avanzaron hacia la entrada hasta que fueron frenados en seco por el vigilante de la puerta.

—¿Dónde tiene los pases? —inquirió el tipo del uniforme.

—¿Pases? —repitió Bill.

—Naturalmente Ustedes deben mostrar los pases de expositores o pagar diez dólares cada uno por la entrada.

Bill engulló un respingo.

—¿Es que no se ha dado cuenta?

El vigilante pestañeó.

—¿De qué debo darme cuenta?

—Venimos a trabajar.

—No me diga. Todos estamos trabajando. Yo estoy trabajando. Y mi trabajo es no dejarlos entrar sin el correspondiente pase.

Como por las cercanías Bill descubrió al comisario Keller, le hizo un gesto con la mano al que correspondió desganadamente el policía.

El vigilante pestañeó.

—¿Tienen algo que ver con el señor Keller?

—¡Pregúntele quiénes son los colaboradores especiales que tiene a sus órdenes! ¡Ande, pregunte, cancerbero!

—¿Qué quiere decir «cancerbero»?

—El perro de tres cabezas que guardaba la entrada de los

infiernos. Eso quiere decir, y usted es uno de ellos.

Bill agregó otro gesto de saludo al comisario el cual devolvió un gesto despreciativo pero que fue definitivo para convencer al tipo de la puerta.

—No sabía que eran agentes de nuestro comisario...

—Usted tiene mucho que aprender, hijo —golpeó Bill el hombro del vigilante con un dedo amenazador.

Los dos amigos entraron y Max secóse el sudor que le cubría la frente, porque por centésima vez se habían colado gratis en lugares como la feria.

—Demonios. Bill. No sé cómo lo haces. Pero un día enfermarse a raíz de una situación como ésta.

—Mueve las piernas, compañero.

Una vez dentro del recinto de la feria, Bill comenzó sus indagaciones acerca de los ejemplares de bueyes que se exponían.

Lo mandaron de un lado a otro hasta que tropezó con Kid Milis, el rancharo de cabeza poderosa al que había conseguido hacer firmar un pedido de dos toneladas de pienso en el hotel Kansas.

Lo acompañaban tres tipos más: uno calvo de nariz ganchuda, otro rubio de ojos muy claros y un tercero gordo de doble papada que sudaba como un caballo.

—Eh, señores. Aquí les presento a Bill Mason. Un tipo que sabe vender... Mason, éstos son Roy Fox, Alan Cronin y Bev Shaw...

Bill estrechó las manos de los presentados y soltó muy aprisa la del gordo porque rezumaba transpiración.

El hombrón de gruesa cabeza llamado Milis rió:

—Estoy seguro de que les venderá sus piensos como me vendió anoche dos toneladas, ¿eh, Mason?

—Estamos aquí para eso. Mi socio Max Leonard y un servidor de ustedes.

A continuación extrajo la libreta de pedidos, inquirió la clase de crianza a que se dedicaban los presentes y les hizo firmar tres pedidos aunque modestos.

—¿Que les dije? —rió el cabezón de pelo ensortijado llamado Kid Milis—. Este muchacho sería capaz de vender el puente de Brooklyn al primer turista con gorra de pelo.

Todos rieron la salida.

Max repartía pienso de su bolsa de plástico para que

comprobaran que habían hecho una buena compra.

Kid Milis resolló satisfecho.

—Tienen buen pienso, muchachos. Aunque dudo que sea legal.

—Es comestible —replicó Bill.

—Los cuatro pertenecemos al consorcio ganadero de Kansas. Sí, Mason. Si quedamos contentos, no le faltarán pedidos.

—¿Qué es el consorcio?

—Una institución que agrupa a los más importantes granjeros, rancheros y demás. Tenemos una buena organización. Ha establecido un buen contacto, muchacho. Felicitaciones.

Bill se aclaró la garganta y dijo:

—Quiero estar presente en la subasta de los ejemplares premiados en la feria.

El cabezón Milis lo miró con un solo ojo.

—¿Quiere pujar por alguna de las reses, Mason?

—Sí, señor Milis.

—No sabía que los vendedores de piensos compraran reses.

—Necesitamos un buen ejemplar para integrarlo a nuestro laboratorio de piensos.

—No me diga.

—Se trata de un experimento. Compramos un buen ejemplar, lo alimentamos con nuestros piensos y comprobamos la ganancia del peso.

—Tendrá ocasión de llevarse un buey, cerdo o ternero en la subasta que va a celebrarse.

—Ahí voy.

Kid Milis parecía pensativo.

—¿Qué clase de animal le interesa, Mason?

—Un buey.

—Hay buenos bueyes en la feria.

—Es uno con manchas blancas y negras.

—Sí, ¿eh?

—Y tiene un nombre y todo.

—No me diga, Mason. Sabe lo que busca.

—El buey se llama «Cornelius».

Los cuatro componentes del consorcio se miraron.

El tipo de la nariz ganchuda, calvo, llamado Roy Fox observó con suspicacia al vendedor de piensos.

—¿Por qué tiene que llamarse «Cornelius»?

—Porque nuestro veterinario particular lo ha escogido como el adecuado para la experiencia de alimentación —mintió Bill.

—No me diga.

Bill se aclaró las cuerdas vocales y agregó:

—Posee un código genético que lo hace apto para nuestros laboratorios.

Kid Milis se rascó el gran cabezón.

—Si el animal pertenece a nuestro consorcio de Kansas ya puede contar con él porque lo apoyaremos, Mason.

—Gracias.

—De todos modos cualquiera es libre de pujar cuando comiencen las subastas.

—Eso espero —murmuró Bill.

Kid Milis emitió una risita e hizo guiños con los ojos, todo al mismo tiempo.

—Eh, señores —susurró misteriosamente—. ¿Saben que va a celebrarse una subasta muy interesante dentro de un rato?

Todos denotaron cierto interés.

Era lógico porque no había noticia de que se expusieran animales tan pronto.

—¿Dónde? —inquirió Bill.

Kid Milis siguió riendo entre dientes.

—En el pabellón secreto.

Bill frunció el entrecejo.

—¿Ha dicho pabellón secreto...?

—«Top secret» —cerró un ojo Milis con picardía—. Si quieren presenciar la subasta, síganme. Es un asunto muy interesante.

El grupo trotó detrás del ranchero.

Después de varias revueltas por el campo de la feria, se dirigieron a un caserón alquilado para las instalaciones.

La puerta de entrada era estrecha y había que agacharse para poder penetrar.

Bill y Max se preguntaron con la mirada qué significaría tanto misterio.

—¿Será una partida de dados? —susurró Bill.

—Entonces he de prepararme a sacar la pareja que llevo en el bolsillo.

—Dados pegajosos, muchacho. Bien hecho.

—¡Huesecitos, dadnos la suerte! —Se frotó las manos el grandullón Max a la vista de fáciles ganancias porque los dados era el juego que mejor les funcionaba.

El grupo se vio en un salón acondicionado precipitadamente; en un escenario montado con telas.

Un pianista movió los dedos sobre un teclado y sonó la melodía de una vieja película.

En eso, un fulano de cabello grasiento se dirigió a la concurrencia, toda de hombres, y dijo, alargando el cuello:

—Comienza la subasta, caballeros.

Tiró de un cordón y el escenario quedó al descubierto.

Seis hermosas mujeres en fila india se destacaron en el hueco.

Los clientes silbaron a coro y el anfitrión ordenó compostura y silencio. Luego, añadió:

—Vean el género.

El grandón Max engulló aire.

—Infiernos, Bill. ¡Van a subastar fulanas!

—Eh, algo nos quedaba por ver en este perro mundo.

Kid Milis reía entre dientes y susurró:

—Se suele hacer en todas las ferias. Naturalmente de un modo clandestino. Pero esto le da color y sabor a la fiesta.

Bill y Max no quitaban ojos de las hermosas hembras que se veían enfiladas, los cuerpos embutidos en estrechos trajes de baño.

—¡Uau! —Hizo Max, cuando presentaron a una morena de piel canela, que hicieron poner en primera línea.

El anfitrión, el del pelo engomado, aflautó la voz y anunció:

—Aquí tienen a Lolita *la mexicana*. Noventa y ocho, cuarenta y cinco y noventa y dos... Sana, preciosa, sólo habla español... Una buena compañera para estos aburridos días de feria. ¿Alguna oferta por ella?

Un tipo con sombrero Stetson se puso en pie y gritó:

—¡Cincuenta dólares!

El presentador le dirigió una mirada de furia.

—¿Cincuenta miserables pavos? Un poco de seriedad, caballeros. Es una ofensa para estas señoritas no escuchar ofertas superiores a los cien dólares. ¿Quién da cien?

—¡Yo! —chilló un tipejo del fondo.

—¿He oído ciento cincuenta? —El anfitrión se ahuecó la oreja con la mano derecha.

—¡Ciento cincuenta! —gritó otro ganadero.

La mexicana apoyó las manos en las caderas y se balanceó de un lado a otro al compás de la melodía que interpretaba el tipo de cara chupada que tocaba el piano.

Las ofertas subieron.

Doscientos, trescientos, cuatrocientos dólares...

Finalmente, la mexicana Lolita fue adjudicada a un fulano pelirrojo por ochocientos dólares.

Bill y Max cambiaron miradas de incredulidad.

Creían pasados los tiempos de la esclavitud, pero allí había todavía vestigios.

La segunda mujer era morena, de caderas anchas, pero poco busto.

Fue adjudicada, después de un tira y afloja, a un fulano que ya peinaba canas, por sólo quinientos dólares.

El anfitrión aprovechó una pausa y explicó:

—Las señoritas no les obligan a ningún compromiso, caballeros. Son simples acompañantes a todos los niveles durante los días de feria. Todo para que su estancia en esta concentración ganadera sea lo más agradable para ustedes. Cuando termine la feria podrán remitirlas a sus puntos de destino con sólo pagarles el viaje de vuelta. ¡No deben comprarles abrigos de pieles a menos que se enamoren y quieran casarse!

El chiste tenía una mala pata infernal, pero el personal rió la salida nerviosamente porque ansiaba ver más material femenino.

El tipo prosiguió tras chasquear la lengua:

—No es la primera vez que, de una subasta como la presente, ha surgido el amor, el matrimonio y un hogar feliz para toda la vida... Y ahora les presento a Greta, *la Sueca*...

Hubo un murmullo de admiración cuando se destacó una hermosa rubia muy opulenta.

Las apuestas subieron al cielo.

Todos estaban de pie para ver quién se llevaba la buena pieza.

Y la desilusión se pintó en todos los rostros cuando la cifra más alta fue alcanzada por un vejete que se sonó estrepitosamente con un pañuelo de hierbas como el utilizado por los vaqueros.

Pagó mil doscientos dólares por la bella.

Bill pudo colocarse en los primeros asientos para cerciorarse mejor del género que presentaban.

El perfume de las mujeres llegaba hasta sus fosas nasales. También algunos de sus murmullos.

Una hermosa morena de unos veintitrés años, ojos intensamente negros y cintura de avispa, dijo entre dientes, pero lo suficientemente alto para que pudiera oírlo Bill:

—Nos tratan como a vacas... Es horrible...

Bill tensó todos sus músculos.

Fue a causa del comentario de aquella maravillosa criatura, añadido a su auténtica belleza, que era única.

Allí estaba pasando algo que no funcionaba bien.

Se dio cuenta cuando observó que algunas de las chicas hablaban entre sí en idiomas extranjeros.

Y se preguntó si realmente se hallaban en aquel lugar por propia voluntad o es que habían sido vendidas como auténticas reses.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando le tocó el turno de ser vendida la bella morena.

Las cifras brotaron de un lado y otro del público, pero no satisfacerían al vendedor.

—¿Cómo quinientos miserables dólares por este primor venido del Norte del país? ¿Qué es esto, caballeros? ¿Una reunión de gente importante o una pandilla de pordioseros? ¡No quiero creerlo y deseo escuchar cifras que sean dignas de esta preciosidad!

—Mil dólares —dijo un grandullón que se parecía mucho en la estructura física a Max Leonard.

Pero no era Max porque éste se hallaba al lado de su amigo Bill.

—No lo hagas, muchacho. Te leo en la mirada lo que estás pensando...

—Mil quinientos —dijo de pronto Bill Mason.

Hubo un murmullo en la sala porque nadie conocía al joven moreno.

Excepto Kid Milis y sus compinches del consorcio ganadero que intercambiaron guiños y sonrisas de complicidad.

—Dos mil —dijo el tipo alto con aspecto de elefante.

—Dos mil quinientos —replicó Bill.

Max se cubría horrorizado los ojos porque aquello suponía la

ruina.

Indudablemente Bill se había vuelto loco.

Y es que para Max no pasó desapercibida la intensa mirada de su socio sobre la linda morena que era lo mejor del lote.

Sabía que Bill era capaz de perder la cabeza por una mujer y sólo tenía que detectarlo en sus pupilas.

¿Acaso no se habían visto en grandes dificultades por gastar los quinientos dólares que ganaron en la ruleta en una chica llamada *La Escultural*?

Pero ahora el brillo de las negras pupilas del joven era mucho más intenso y aquello llenó de pánico al grandullón Max. Sí. Bill estaba perdiendo la cabeza por aquella mujer.

El que pujaba, del tamaño físico de Max, anunció con voz de trueno:

—¡Bien, tres mil y esta monada queda propiedad de un servidor de ustedes que se llama Adam *Spot*!

El subastador rió con ganas.

La muchacha morena abrió los ojos con evidente terror.

Como Bill experimentaba la sensación de que allí ocurría algo anormal, apretó los billetes que portaba en el bolsillo.

El subastador anunció:

—El señor *Spot* se lleva el bombón, señores...

—¿Por qué? —saltó Bill, y se puso de pie.

—¿Es que piensa pujar más alto?

—Naturalmente, cabellos con grasa.

—¿Cuánto?

—Tres mil quinientos.

Adam *Spot* emitió una maldición que atravesó toda la sala.

Tenía en su bando unos cuantos compinches y no estaba dispuesto a que lo humillaran en cuestiones de dinero.

—¡Cuatro mil! —rugió.

En eso, el subastador emitió una tosecilla y anunció:

—Señores, ¿pueden mostrar esas cantidades en efectivo? Ya saben que no se admiten cheques ni órdenes de pago. Hay que soltar el importe en moneda contante y sonante. Es una advertencia.

Adam *Spot* empalideció porque evidentemente le estaba faltando el dinero en efectivo. Aparentaba ser un fulano importante, pero no esperaba que los precios se pusieran tan altos y carecía de fondos.

Pidió prestado y sólo consiguió quinientos dólares de sus compinches.

Bill poseía cinco mil dólares y arriesgó la cifra a voz en cuello:

—Cinco mil.

Adam *Spot* relinchó amargamente y murmuró:

—Sólo es una fulana. No pago más.

El subastador sacudió una campana que aguardaba para el último lote y anunció feliz, dando saltos:

—¡La muchacha es para el señor...!

—Bill Mason.

—¡Enhorabuena, señor Mason...! ¿Eh? ¿Tiene realmente usted cinco mil dólares encima? Infiernos, señores, ésta es la ventaja de andar bien provisto por el mundo.

Bill extrajo el fajo de billetes que había recibido en el sobre que le dirigiera el difunto Geoffrey Heat.

Max Leonard repartía los chorros de sudor con ambas manazas cuando se frotaba el rostro.

—Estás chiflado —resolló.

La chica morena descendió del escenario y cruzó una larga mirada con el hombre que la había comprado.

Bill la tomó de la mano e inquirió:

—¿Cómo te llamas?

Ella se humedeció los rojos labios.

—Betty Rusell.

—Andando, Betty. Salgamos de esta pocilga.

—¡Un momento! —Adam *Spot* llegó corriendo con tres fulanos malcarados—. ¡Voy a pujar más alto!

Bill lo miró ceñudo.

—Lo siento, amigo. Terminó la subasta.

—¡No hay subastas que se terminen si no quiere Adam *Spot*! ¡Y yo soy Adam *Spot*!

Los que le acompañaban asintieron de sendas cabezadas para confirmar las palabras del que parecía su jefe.

Bill respiró hondo.

—Oigan, amigos. Nada de jaleos. Llegaron tarde y se acabó.

—Le doy cinco mil quinientos, patas largas.

—Nones.

Adam *Spot* hizo algo semejante a un gorila enfurecido. Alzó los

brazos y mostró unos recios bíceps.

—¡No se saldrá con la suya!

Al mismo tiempo tiró del brazo de la muchacha.

Bill también la sujetaba de una mano.

La joven se vio levantada en vilo como una muñeca, con peligro de ser descuartizada.

Para evitarlo, Bill la dejó ir con Adam *Spot*.

Éste la abrazó con fuerza, riendo.

Los tres fulanos que le acompañaban trataron de interceptar al joven moreno que quería rescatar a la chica del abrazo del gorila.

Max también intervino y se armó un lío de brazos y manos.

Y de repente, ocurrió todo.

Los puños de Bill y Max llegaron al mismo tiempo al rostro del hombrón que retenía a Betty Russell.

Cayó de espaldas, lanzando maldiciones, a la vez que abandonaba su presa.

Los tres fulanos a sus órdenes se precipitaron contra los dos socios.

Se intercambiaron furiosos golpes que restallaron de modo ensordecedor.

Bill cazó a un musculoso en el mentón y lo hizo saltar por el aire.

El tipo dio dos vueltas sobre sí mismo y aplastó el banco de madera de la primera fila, en su caída.

Max Leonard levantó a dos tipos en vilo y los reenvió al fondo de la sala de donde ya no surgieron.

Pero ello agravó la situación porque llegaron más refuerzos.

La pelea se generalizó.

Kid Milis hizo un gesto y gritó:

—¡Ayudemos al vendedor y a su socio, infiernos! ¡O los van a matar!

Los dos bandos entraron en contacto.

De cuando en cuando, un cuerpo saltaba por los aires y se estrellaba contra las paredes del fondo.

Bill no tenía suficientes manos a pesar de la ayuda del ranchero Milis, del calvo Roy Fox y del rubio llamado Alan Cronin con quienes había visitado la sala de subastas.

Trató de impedir que estrellaran una silla en el cráneo de su

amigo Max, pero recibió a cambio un trallazo en el cuello que lo hizo girar como una peonza.

Cuando se detuvo descargó la derecha y atrapó al mismísimo Adam *Spot* que ya regresaba a la lucha.

Spot tragó aire al sentirse impactado en el estómago.

Y Bill le cerró la boca con un directo que resultó demoledor.

El bestial ranchero bailoteó entre la gente y se vino abajo.

Las mujeres huían lanzando gritos sin encontrar la salida del recinto.

El tipo del piano recibió un cuerpo remitido por el grandullón Max y se vio arrastrado con él, y el instrumento, hacia el foso del escenario.

El subastador también chillaba como una rata sin saber, dónde esconderse, hasta que un puño que no encontró el blanco le alcanzó en pleno rostro, y bizqueó desplomándose sin conocimiento.

Un cuerpo lanzado por el aire arremboló con las cortinas del escenario y aplastó las luces que ocasionaron un cortocircuito.

Surgió una llama pavorosa y una voz aterrada anunció:

—¡Fuego!

A pesar de ello, la fenomenal batalla siguió un buen rato, los contendientes debatiéndose entre las llamas.

Por fin irrumpió una patrulla de bomberos y sus mangueras rociaron todo el recinto.

Detrás de los bomberos apareció el comisario Keller convertido en una furia.

Disparó su revólver al aire e impuso el silencio a duras penas.

—¿Quién ha armado esté jaleo? —vociferó fuera de sí.

Los supervivientes de la batalla debían ser simpatizantes de Adam *Spot* porque una batería de dedos acusadores apuntaron a Bill Mason y a Max Leonard.

—¡Ellos han sido! —Mugió un fulano que había perdido dientes.

De nada valió la protesta de Kid Milis, el ranchero y los del consorcio ganadero que se pusieron a favor del joven moreno y su socio.

Los dedos acusadores eran más numerosos y Keller, basado en el procedimiento democrático de mayorías, rechinó los dientes y sacó unas esposas.

—¡Se la ganaron, Mason y Leonard! ¡Quedan arrestados!

Bill se lamió una despellejadura del dedo.

—No les hará caso, comisario... Todos son de la pandilla, excepto el señor Milis y los tres que le acompañan...

—¡Cierre el pico, Mason!

Max bailoteó inquieto.

—Bill tiene razón... No va a creer...

—¡Y usted también cierre esa condenada boca, Leonard!

—Ya me la coso, comisario.

El fuego quedó apagado y entraron dos agentes uniformados revólver en mano.

El comisario se dirigió a los dos amigos y rió como una hiena.

—Los muchachos les acompañarán justo adonde yo quería tenerles a los dos, Mason y Leonard... ¡En la jaula!

Y así fue como quedaron arrestados los dos amigos.

CAPÍTULO V

Bill y Max se hallaban agazapados en un rincón del enorme enrejado de la sala general en la cárcel del condado.

Hacía mucho calor y, de cuando en cuando, un par de agentes uniformados vaciaban cubos de agua sobre los detenidos.

Eran unos cuarenta en la enorme jaula y había muchos indios, drogadictos, asaltantes de baja estofa y unas cuantas mujeres al otro lado.

Max chorreaba a causa de la última rociada de los policías.

—¿Te das cuenta de nuestra situación, Bill?

Bill, arrojó un cigarrillo apagado por las salpicaduras de los baldes de agua.

—Saldremos pronto.

—¡Eres un ingenuo, Bill! ¡Una vez aquí dentro, Keller hará lo posible por retenemos!

—No pierdas la calma.

—¿Calma? ¡Hace tiempo que no la tengo!

—Algo me dice en mi interior que no vamos a estar mucho tiempo en esta maloliente jaula.

Max gimió:

—El cielo te oiga, muchacho. Pero creo que el Señor nos ha dejado de su mano.

—El Señor nunca deja a nadie de su mano. Somos nosotros los que nos soltamos.

—Tienes respuesta a todos los niveles, infiernos.

—En cambio tú te deprimes por nada.

—¿Por nada? —gimoteó el grandullón—. ¡Estoy calado hasta los huesos! ¡Atraparé el reuma! ¡Y esto sólo ha hecho que empezar! ¡Únicamente el diablo sabe cuándo saldremos de esta situación!

—La intuición me dice que pronto estaremos libres.

Max soltó una amarga carcajada.

—¡Tu intuición! ¡Mira a lo que nos ha llevado tu intuición!

—También tengo mis intuiciones, señores —dijo la desagradable voz del comisario Keller por un costado de la jaula.

Se aproximaba seguido de su ayudante Slim Dover, quien masticaba un mondadientes.

Bill rezongó:

—Hola, comisario, ¿por qué no nos deja morir en paz?

El comisario Keller sonreía plácidamente como un Buda.

Según opinaba Bill aquélla era la expresión más peligrosa del policía. Parecía un gato que se acababa de comer un ratón.

—Mason —dijo suspirando—, tengo una idea para sacarlos de aquí.

—¿De veras?

—Bueno, luego irán a parar a una granja penitenciaria unos cuantos meses. Merecen un descanso de ese tipo. Ya saben, picar piedra al sol, ponerse morenos... ¡Ah, qué vida!

—No, gracias.

—Eh, les estoy ofreciendo un trato.

—Deje que toque madera, comisario.

—Escuche, Mason. Quiero ponerme de parte de ustedes.

—Entonces, suéltenos.

El comisario rió sin ganas.

—Usted sabe que se merecían esto por tantas tropelías. Por las jugadas que me han hecho... Bien, ya los tengo donde yo quería. Los atrapé.

—¿Qué es lo que quiere, comisario?

—¿De veras está dispuesto a pactar conmigo?

—Preferiría hacerlo con Satán, pero está libre el fin de semana.

—Usted y su maldito sentido del humor, Mason. ¿Por qué no se declaran culpables?

—¿De qué?

—De ocultación de pruebas.

Bill respingó.

—¿De qué habla?

—Le hablo de la rubia que murió en su cuarto y ustedes la trasladaron al de enfrente.

—Menos mal que no nos adjudica el asesinato.

—Si había rastro de sangre hasta la habitación de ustedes, ello demuestra que ya estaba herida de muerte cuando la recibieron. Pero no me gustó nada que la reenviaran a un cuarto vado.

—Váyase al infierno, comisario.

—Además —prosiguió Keller suspirando hondamente—, ustedes acompañaron a Geoffrey Heat al helicóptero donde halló la muerte. Quiero saber de qué hablaron.

—¿En qué se basa que lo acompañamos?

—Una mujer de la limpieza del hotel oyó las voces de usted y Heat camino del helipuerto. Aunque no alcanzó a saber de qué hablaban. Luego, escuchó tres disparos. Heat no sabía manejar un arma. Debíó ser usted quien la utilizó contra el asesino a sueldo que les salió al paso. Bien, quiero clarificar todo esto o me volveré loco.

—No tendremos esa suerte.

—¿Cómo?

—Nada, comisario. Estaba pensando en voz alta.

—¡Tenga cuidado con lo que dice, Mason! ¡Puedo meterle más hondo si hace falta!

—Calma, señor Keller. No se me muera aquí... por ahora.

El comisario aceptó el consejo y recuperó su equilibrio emocional.

—Oiga, Mason, ¿por qué no me lo cuenta todo?

—¿El qué?

—Quiero que me confirme la muerte de Heat en el helicóptero. Estalló una carga de explosivos. Los chicos del laboratorio lo han descubierto. También han hallado una pistola checa que le faltan tres proyectiles. Usted estuvo cerca de Heat antes de morir. Cuéntemelo todo, hijo.

—No sé nada.

—Sí que sabe. Y también sabe que una muchacha rubia penetró en su cuarto con un cuchillo en la espalda. Usted me engaña, Mason. Y yo soy un buen policía que sólo quiere saber la verdad.

—¿La verdad? —suspiró a su vez el joven—. ¡Ah, *sheriff*! ¿Qué es la verdad?

Keller perdió los estribos.

—¡Ustedes nunca saldrán de entre rejas, Mason y Leonard! ¡Yo me encargo de que así sea!

—Saldrán ahora mismo —dijo una voz femenina que resultó familiar a Bill.

Los dos hombres se volvieron y vieron a Betty Rusell, la morena de la sala de subastas por la que Bill había pagado cinco mil dólares.

—¿Qué diablos...? —empezó el comisario.

La joven mostró un papel en su diestra.

—Es una orden del comisionado para que ponga de inmediato en libertad a estos hombres.

—¿Cómo?

Betty Rusell explicó lentamente:

—Yo no soy una simple chica para esas sucias subastas. Tengo credenciales de la policía de San Francisco para infiltrarme en esa organización de trata de blancas. Hacía tiempo que las autoridades de California estaban interesadas en el caso. Muchas de las jóvenes presentadas en las subastas eran simples muchachas engañadas por un anuncio que les prometía trabajo de modelos. Las que procedían del extranjero debido a la red de compra venta de mujeres, apenas si sabían unas cuantas palabras en nuestro idioma. Firmaban los contratos y eran engañadas miserablemente. Por desgracia no hemos podido rescatar a todas del infernal destino que les esperaba. Pero afortunadamente, la pesadilla ha terminado y he puesto a los cabecillas de la organización en este estado justo en manos de dos agentes especiales venidos de muy lejos.

Bill, Max y el comisario estaban de muestra.

—¿De modo que es una mujer policía? —dijo el primero.

—No, señor Mason. Sólo me escogieron a mí porque decían que daba la medida para un asunto de esta clase.

—Usted da muy buenas medidas en todo.

—Gracias, señor Mason. Mi tío y yo tenemos una pequeña oficina de cobros en San Francisco. Mi tío conoce a policías de aquella ciudad. Así que le propusieron que colaboráramos con ellos.

—Y usted aceptó.

—Ésa es la historia, señores.

Keller arrugó la cara. Miró a Betty.

—¿Por qué no me he enterado de nada, infiernos?

—Porque acudí directamente al comisionado, a su jefe superior. Mis instrucciones eran que no debía fiarme ni de la pólida local.

—Muy halagador.

—Lo siento comisario. Ahora ya lo hemos puesto todo en claro. Los culpables recibirán lo que se merecen.

Keller arrebató el papel de manos de la chica y comprobó la orden de libertad de los dos socios detenidos.

Betty aprovechó el momento y traspasó a Bill un fajo de billetes que, por el peso, dedujo el joven que se trataba de la cifra que pagó en la subasta.

—Son mis cinco mil —murmuró, sintiendo cierta satisfacción.

Betty Rusell le dedicó una larga mirada a través de las rejas.

—¿Sabe, señor Mason?

—¿El qué?

—Me emocionó mucho que ofertara por mí hasta el último centavo en su poder. Porque era hasta el último, ¿verdad?

—¿Cómo lo adivinó?

—Por su expresión angustiada cuando pujaron al límite.

—Habría sido una lástima que me la arrebataran por diez dólares más que yo no poseía.

Ella le dirigió la mejor de sus sonrisas.

Y aprovechó el hueco de los barrotes de hierro para pasar sus brazos, atrapar al joven del pescuezo y aproximarlos a sus labios.

Lo besó con fuerza.

Cuando ella se separó, Bill quiso repetir pero se golpeó la cabeza contra la reja.

Keller refunfuñó:

—Eh, ¿a qué viene tanto besuqueo, demonios?

Las pupilas negras de Betty destellaban con fuerza fijas en Bill.

—El señor Mason comprendió desde el primer momento que la subasta olía mal.

—Sí —gruñó Keller—, es un tipo con mucho olfato.

—¿Sabe que me emocionó mucho que usted ofreciera los cinco mil por mí, señor Mason? Fue muy generoso.

—Usted no tiene precio, señorita Rusell.

—Puedes llamarme Betty, Bill.

—Eres una maravilla, Betty.

—Y tú un cielo.

Keller desgranó una sarta de maldiciones interrumpiendo el acercamiento de los dos jóvenes a través de las rejas.

—¡Y pensar que tenía a estos dos caraduras a buen recaudo! ¡Se me van otra vez de entre los dedos!

—Abra su sucia mazmorra, comisario —dijo Bill.

Keller dio las órdenes, malhumorado, y pronto los dos socios estuvieron libres.

Max silbaba alegremente: «Soy libre como las golondrinas de San Juan de Capistrano».

Poco después, los tres jóvenes abandonaron la cárcel del condado.

—¿Vas a regresar a San Francisco, Betty? —dijo Bill.

—Mi labor aquí ha terminado.

Max trató de separar a aquella pareja que se aproximaba tan rápidamente entre sí.

—Podemos llevarla ahora mismo al aeropuerto —dijo—. Sale un avión justo antes de caer la tarde. Y de paso, nosotros tomamos el que vuela hacia Nueva Orleans.

—Hemos de comprar un buey, Max.

—Al diablo con los bueyes, Bill. Tenemos cinco mil pavos caídos del cielo. Somos ricos. Inmensamente ricos. Además, podemos dejar la oferta por escrito en las oficinas de la feria y que nos envíen el buey por tren.

La chica intervino:

—Me dijeron que vosotros vendéis piensos compuestos. ¿Para qué queréis un toro?

—No lo sé —dijo Bill ceñudo—. Pero es el encargo de un muerto.

La chica pestañeó sin comprender, pero no se entretuvo en más averiguaciones porque se aproximó un taxi del modelo antiguo y se detuvo.

—¿Los llevo a la ciudad? —dijo el taxista que tenía el cráneo muy pelado, en forma de pera.

Los tres jóvenes penetraron en el taxi.

De repente, la hoja de cristal que les separaba del conductor se cerró como una trampa.

Bill dio un respingo y trató de que se deslizara.

Pero no pudo porque era pesada como una losa y obedecía a un mecanismo interno.

Maldijo con fuerza porque sospechó que habían caído en una

trampa.

El tipo con cabeza de pera no le estaba gustando nada.

Max también se veía alarmado porque golpeó con sus puños todos los cristales del taxi, pero no cedieron. Eran antibala.

La velocidad aumentó de modo meteórico.

No iban hacia el centro de la ciudad.

Se dirigían hacia las afueras.

Corrieron largo rato, en silencio, por no asustar demasiado a la joven aunque en sus brillantes pupilas ya se pintaba la alarma.

—¡Nos han secuestrado, Bill! —exclamó ella, de repente.

—¿Secuestrado? —gritó Max, al borde del pánico—. ¡Espero que no sean algunos de los tipos de la banda de la trata de blancas!

—Conservemos la calma, muchachos —murmuró Bill.

Max engulló saliva.

—Eso debe ser. Algún tipo quiere vengarse de lo que les ha hecho Betty con la organización. Y de paso nos incluye a nosotros en el lote por meter las narices... Oh, Bill, ¿cuándo acabarán mis pesadillas?

El joven no respondió porque el taxi se detuvo en un pueblo fantasma con casas medio derruidas construidas con madera de pino.

Se veían restos de instalaciones eléctricas y pantallas abandonadas que dejaban adivinar que allí se habían rodado los exteriores de un film del Oeste.

No se veía ni un alma.

Cabeza de Pera los enfiló por el único paseo principal que correspondía a la calle mayor y detuvo el taxi frente a un hotel que se conservaba relativamente bien.

Del interior salieron tres tipos con pistolas.

Max produjo un fuerte ronquido de alarma.

Entretanto, Bill sospechó que podía tratarse de un asalto y escondió el fajo de billetes de cinco mil justo debajo de la alfombra del taxi.

Los tres fulanos de las pistolas tenían un aspecto inquietante porque no parecían darle importancia al asunto.

El más alto y bien trajeado abrió la puerta de los viajeros y los encañonó.

—Salgan con cuidado, muchachos.

Bill apartó las manos del cuerpo.

—Eh, ¿qué significa esto?

Un tipo con aspecto latino de anchos hombros le sacudió con el cañón del arma en la cabeza.

El impacto fue terrible porque Bill dio un traspiés y tuvo que sujetarse contra la aleta del taxi.

Aquello enfureció sobremanera a Max, quien rugió:

—¿Por qué no guardan las pistolas y pelean como hombres y no como bastardos?

La respuesta la recibió del tipo joven y guapo que se hallaba al lado del trajeado que habló primero.

Fue un espantoso culatazo detrás de la oreja.

La sangre corrió por su nuca mientras emitía alaridos de dolor.

Pero no se arredró porque atrapó al tipo por la pechera y lo levantó en vilo.

—¡Te voy a aplastar, hijo de perra!

Parecía importarle un pimiento hallarse ante un grupo armado.

El agresor, a pesar de mantener una pistola en la diestra, retrocedió sobrecogido por la actitud de Max.

—Quieto, Max —dijo Bill—. Van armados.

A duras penas, el hombrón se contuvo, rechinando los dientes.

Las negras pupilas de Bill brillaron con fuerza por la admiración que le producía ver a su amigo auténticamente indignado. Cuando Max era provocado se convertía en un león. Era un valiente que no temía a los pandilleros.

El tipo bien trajeado que los comandaba alzó una mano para imponer la paz.

—Señores —dijo—, ¿por qué no entramos en el hotel y discutimos este problema como personas civilizadas... en vez de lo que somos?

Bill asintió.

—De acuerdo. Adentro.

—¡No te dejes intimidar, Bill! —dijo Max, todavía llevado por mil diablos.

—Calma, muchacho.

El grupo penetró en el hotel cuyo rótulo decía Las Delicias.

El interior era confortable, a pesar de las ruinas en que se hallaban los edificios después de ser abandonados por los equipos

cinematográficos.

Se formó un círculo de tres tipos armados hasta los dientes y dos individuos desarmados y golpeados: Bill y Max.

—¿Qué quieren? —dijo Bill.

—Mi nombre es Vince —dijo el tipo bien trajeado—. Y el latino es Leónidas. El otro atiende por Nud, que es un apodo.

—Suelten lo que llevan adentro, muchachos.

Vince se rascó la mejilla con el cañón de la pistola.

—Queremos que se larguen a Nueva Orleans, señor Mason.

—¿Por qué?

—Nos pagan para que los alejemos de aquí.

Bill frunció retadoramente el entrecejo.

—¿Y si nos negamos?

—Cuando lleguen los peliculeros a este hotel, hallarán a dos fiambres.

Bill asintió.

—Ya. De modo que o nos vamos, o nos matan.

—Más o menos.

—¿Cómo sabe que nos largaremos, que cumpliremos nuestra palabra?

—Porque los vamos a dejar sin el dinero que transportan.

—¿Qué dinero?

Vince rió con amargura.

—Sabemos que llevan cinco mil dólares.

—No tenemos un centavo encima, Vince.

—Por favor, no me lo pongan difícil. Ustedes llevan la pasta y la van a soltar aquí, por las buenas o las malas.

Max dio un brinco e intervino.

—¿Por qué no sueltan la artillería, cerdos? Peleen con las manos.

Vince arrugó la boca.

—Eh, Mason. Dígale a su gorila particular que deje de enredar.

—Quieto, Max —dijo Bill por la comisura de los labios.

El hombrón abrió y cerraba las manos impotente. Se calló.

Vince alzó una ceja.

—¿Va a damos los cinco mil dólares o los sacamos después de su cadáver, Mason?

Bill soltó una risotada que dejó perpleja a la concurrencia.

—¿Creen que puedo andar con semejante cantidad por el mundo?

—¿Qué dice, hermano?

Bill respiró con fuerza, denotando paciencia.

—Deposité los cinco mil en el correo bajo un sobre a mi nombre. Dentro de un par de días los tendré en mi poder. Lo hago para no perderlos. Para no verme envuelto en situaciones como ésta.

—Infiernos, ¿de veras se ha remitido a sí mismo los cinco mil para guardarlos en el correo?

Bill abrió las manos.

—Estamos sin un dólar, muñeco.

—No me llame «muñeco» o le levanto un chichón en lo alto de la cabeza con la culata de la pistola.

—Bien, muñeco.

Vince avanzó pistola en ristre, pero detuvo su impulso.

—Regístrenle, muchachos —dijo.

El rubio y el latino palparon las ropas del joven moreno. Fue el rubio Nud quien habló primero.

—Está limpio, Vince.

Leónidas registró a Max desesperadamente.

—¡No es posible! ¡Yo mismo vi cómo escondían la pasta en los bolsillos!

Bill jugó una carta al azar por si los pistoleros sabían lo ocurrido en la subasta.

—Señores —dijo—, tuvimos un pequeño jaleo en una subasta de fulanas. Nos detuvo la policía. Yo compré a la chica en cinco mil dólares. Luego, la muchacha resultó ser un agente especial. Tenía la misión de descubrir a la banda de tratantes de blancas. Conque la chica misma fue la que depositó mis billetes en correos cuando se aclaró todo. Incluso nos sacó de la cárcel.

Los tres pandilleros se miraron en silencio.

—Los datos superficiales parecen ciertos —dijo Vince, quien se veía muy preocupado—. Los atrapamos al salir de la cárcel. Luego es posible que salieran de allí sin el dinero.

—Primero que hable la joven —dijo el rubio que había golpeado en la oreja a Max.

Todos se dieron la vuelta perplejos.

—¿Dónde está? —gritaron a coro.

Dos de los pistoleros salieron precipitadamente, pero volvieron un minuto más tarde con la duda pintada en sus rostros.

—Maldita sea —dijo el latino Leónidas—. Esa fulana se ha esfumado como un fantasma, Vince.

—¡Registrad el pueblo! ¡Puede que ella lleve la pasta consigo!

—No, Vince. Están limpios. En cuanto a la fulana ya le puedes echar un galgo. Aquí hay mil y un escondrijos para desaparecer.

—Luego hay que dar una batida y capturarla.

Leónidas y el rubio sonrieron a gusto.

—Sí —dijo el latino Leónidas—. Será buena cosa que la atrapemos y podamos divertirnos con ella un buen rato. Es una fulana estupenda. ¿Has visto qué curvas tiene?

—Aún no me explico cómo puede haberse convertido en humo delante de nuestras narices.

—Esas socias son muy hábiles, Vince.

Vince se veía malhumorado.

—¿Qué hacemos, Vince? —dijo el latino Leónidas.

El aludido contrajo el rostro como si fuera a echarse a llorar.

—Cielo santo, esto complica las cosas, tendremos que matarlos y luego, acudir al hotel Kansas para recuperar el sobre cuando se reciba a nombre de Bill Mason. ¿No es allí donde lo ha dirigido, señor Mason?

—No contestaré más preguntas, Vince.

—Eh, vamos a darles una ración de plomo.

—No se atreverán...

—¿Que no? —rió Vince malhumorado.

—Estamos desarmados. No tenemos el Colt 45 en nuestras fundas. Nos hallamos en una ciudad del Oeste...

—¡Cierre el pico y no me enrede, Mason! —gritó Vince contrariado por el sesgo de la situación—. Estoy pensando.

Bill comprobó que se hallaban muy cerca de la ventana.

Si los tipos iban a dispararles lo mejor era saltar por la ventana a la desesperada y echar a correr por entre las casas.

Gracias al cielo, Max descubrió la mirada de su amigo y le adivinó el pensamiento.

Calcularon al mismo tiempo si podían colarse a la vez los dos por el hueco de la ventana encristalada.

Vinco salió de sus meditaciones y dio una cabezada.

—Bien, muchachos. Hagamos fuego contra estos dos bastardos que nos han tomado el pelo.

—Espere, Vince —dijo Bill, para ganar tiempo.

—El tren se marcha. No podemos aguardar más.

—¡No pueden asesinaros a sangre fría!

—¿Que no? Si es nuestra profesión, hijo...

Sonó un disparo del arma de Vince.

Pero la bala erró por pocas pulgadas el cuerpo del joven Bill Mason.

Fue el momento en que los dos amigos saltaron a la par por la ventana.

Arramblaron la vidriera con el impacto de sus cuerpos. Se llevaron consigo los cristales y cayeron fuera del hotel. Las balas puntearon sus cabezas, pero no acertaron. Bill y Max corrieron por el callejón posterior con todas sus energías.

Vince chilló asomando medio cuerpo por la ventana rota:

—¡No escaparéis, bastardos! ¡Rodead toda la cuadra, muchachos!

Los dos socios ya corrían por otra manzana de casas y deseaban hacer muy difícil su captura.

El instinto les llevó a rodear el área para dirigirse al taxi de Cabeza de Pera.

Querían sorprenderlo por atrás, derribarlo y apoderarse del vehículo para huir.

Por fortuna Vince y los otros dos perseguidores les habían perdido, de momento, el rastro.

Aunque se evidenciaba que no tardarían en localizarlos y perseguirlos a tiro limpio.

Bill atravesó un viejo establo, seguido de Max, que resollaba como un elefante con pulmonía a causa del esfuerzo de la carrera.

—¡Cielos, Bill! ¡Nos cazarán como a conejos!

—Conserva la serenidad, muchacho.

—¡Sabía que al final nos hallaríamos enredados en una ensalada de tiros! ¡No me engañaba mi sensible corazón!

—Cierra el pico y salgamos por detrás del taxi de Cabeza de Pera.

Gatearon con manos y pies por el viejo establo, salieron a la funeraria de al lado que todavía conservaba ataúdes y, luego,

alcanzaron un saloon en ruinas, ocultándose detrás de la pianola de la ventana.

Desde allí descubrieron el taxi de Cabeza de Pera.

El mismo tipo montaba guardia junto al coche de alquiler. Lo que alarmó a los dos amigos fue que le vieron empuñar una metralleta de pequeñas dimensiones con tres largos cargadores de repuesto que portaba en el cinturón.

Si no lo sorprendían por atrás, inopinadamente, estaban más que perdidos.

Como Bill era más ligero salió por la ventana del saloon y corrió agazapado hacia el conductor.

Saltó por encima de la tapadera del motor y se precipitó sobre él.

Bill y Cabeza de Pera rodaron por el polvo de la calle mayor.

La metralleta también salió escupida de manos del tipo.

Bill se apoderó de ella y sacudió un mazazo en el cráneo picudo al fulano del taxi quien rodó sin conocimiento.

Justo entonces Vince se precipitó a través de la calle apretando el gatillo.

Las balas peinaron a Bill.

Y éste no tuvo más remedio que hacer fuego.

Envió una ráfaga corta y Vince se vino abajo, herido de muerte.

Luego, se retiró hacia el saloon donde aguardaba Max.

El hombrón temblaba como un azogado porque no le gustaban ni pizca los estampidos de las armas de fuego.

Buscó el escape de regreso a la funeraria, pero observó que quedaba batido por las balas de los compinches del muerto Vince.

La única salida era la ventana que conducía al taxi.

Lo que quedaba por hacer consistía en resistir el asedio.

Bill cambió la palanca para utilizar la metralleta como una pistola bala a bala y ahorrar munición.

Se maldijo por no haber atrapado los cargadores de repuesto que portaba Cabeza de Pera.

Éste recuperó súbitamente el conocimiento y se unió a sus compañeros.

Y como el fulano parecía un almacén de armas ambulante, hizo algo que aterró a los dos socios atrapados en el saloon: envió por el aire una granada de fósforo.

La granada fue a colarse justo por la ventana del local y estalló desparramando fuego.

Pronto prendió la vieja madera y el lugar se convirtió en una sucursal del infierno.

Los socios asomaron la cabeza por el lado de la funeraria, pero tuvieron que retirarse ante una lluvia de proyectiles.

Iban a asarse vivos si no tomaba una decisión.

Sin hablar, corrieron hacia la escalera del piso superior. Pero la decisión fue equivocada.

Todo el saloon ardía hasta los cimientos y el embudo de fuego no tardaría en llegar a los pisos altos.

¿Podrían alcanzar un vecino tejado y saltar?

La verdad es que el otro edificio colindante se hallaba demasiado lejos para un ejercicio de saltimbanquis.

Comprendieron que lo mejor era bajar de nuevo, salir a la calle con las manos en el alto y entregarse a aquellos desalmados.

Pero tenían la convicción de que sus vidas no iban a ser respetadas.

Si no se asaban en el saloon, los tipos los cocerían con plomo en el centro de la calle.

Todo el local, envuelto en llamas, cortó la respiración de los dos amigos.

CAPÍTULO VI

Bill y Max trataron de arrancar desesperadamente las tablas de la pared del local dónde las llamas no habían llegado.

Podían perder una batalla, pero nunca se sentían aniquilados. Siempre podían hallar una solución. Saldrían por el hueco de la pared y huirían.

Sin embargo, ocurrió algo inesperado.

De pronto, un coche negro, largo, de tres ventanillas a cada costado, se detuvo entre los contendientes levantando una espesa nube de polvo.

Los ocupantes del vehículo recién llegado hicieron algo sorprendente.

Asomaron por las ventanas dos ametralladoras de tambor de la época de la Ley Seca y abrieron fuego a discreción.

Los compinches de Vince fueron arrasados por las balas. Cabeza de Pera quiso lanzarles una granada de percusión pero se le quedó en la mano y le estalló junto al cuerpo.

Emergió hacia el aire a causa de la onda expansiva. Sus restos maltratados llegaron al suelo como un guiñapo. Los tipos del coche recién llegado actuaron con decisión. Asomaron un fusil con un explosivo semipesado y enviaron la carga al hotel.

El obús estalló de modo ensordecedor.

Leónidas y Nud saltaron hacia los lados empujados por la metralla y cuando tocaron el suelo ya eran dos cadáveres irreconocibles.

Bill pasó una pierna por la ventana y salió a la calle, todavía empuñando la metralleta a la que apenas le quedaban balas.

Del coche de tres ventanillas emergieron dos fulanos altos uno más gordo que el otro, portando las armas semipesadas.

Ocultaban sus ojos con gafas negras, idénticas, que les conferían cierto aspecto de calaveras.

El más recio se dirigió a Bill.

—Oiga, lárguese de aquí, Mason.

—¿Quiénes son ustedes?

El tipo ancho de anteojos negros apretó los maxilares.

—Soy el agente número Siete y éste es el agente número Doce. Eso es todo lo que deben saber.

—¿Puedo darles las gracias?

—Las gracias las dará usted si se larga a Nueva Orleans y no enreda más.

—Espere... Tengo una misión...

—Nosotros lo sabemos todo, Mason. Lárguese a Nueva Orleans y no metan más las narices en el asunto.

—Oiga, no se me puede sacar así de un caso. Necesito explicaciones...

—Que se las dé su padre, Mason.

Bill apretó los maxilares.

—Entiendo.

Los dos tipos treparon al vehículo de tres ventanillas, negro como la muerte.

El que había hablado se asomó y repitió al tiempo que sacudía un dedo amonestador.

—Huyan, Mason y Leonard. ¡Desaparezcan!

Bill quiso agregar algo, pero el coche partió a velocidad meteórica.

Max salió respirando el polvo que había levantado el coche recién partido.

—Menos mal que llegó a tiempo la caballería.

—Aún tenía yo mis recursos, Max —dijo Bill ceñudo.

—Salir a gatas por la pared de atrás, ¿no?

—O trepar por el tejado incendiado.

—De todos modos reconoce que esos agentes nos han echado un buen cable. Estábamos en dificultades.

—Eso es cierto, Max.

Max bailoteó alrededor de su amigo como lo hacen los elefantes en el circo al son de la música.

—¡Pero, Bill! ¡Esos tipos están en lo cierto! ¡No deberíamos

meter las narices en un lío que nada nos importa!

—Recuerda que el difunto Geoffrey Heat confió en nosotros. No podemos decepcionarle.

—¡El infierno caerá sobre nuestras cabezas, Bill!

—Saldremos. Saldremos de este endemoniado asunto.

—¿Es que acaso no hemos estado a punto de no contarle? Oh, Dios, Bill. No me hagas morir poco a poco. Desde que llegamos a Kansas City, he tenido que verme envuelto en peleas a puñetazos, tiroteos, explosiones, ráfagas de ametralladora... Bill, ten compasión de un tipo blando como yo... Por favor.

—Aprovechemos el taxi del difunto Cabeza de Pera, Max.

Los dos amigos treparon al vehículo.

Bill recuperó sus cinco mil dólares escondidos bajo la alfombra de caucho y se los embolsó. Ya se sentía confortado.

Fue Max quien se puso al volante y arrancó enseguida.

Los neumáticos chirriaron a lo largo de la calle mayor del pueblo fantasma que servía para filmar películas western.

—No corras tanto, Max. Ya no nos persigue nadie y hay que hallar a Betty.

—Demonios, el miedo me había hecho olvidarme de ella.

Betty Russell apareció a la salida del pueblo, llena de polvo y con la cara tiznada.

Detuvieron el vehículo y ella trepó.

—¡Bill! ¡He tenido que ocultarme en mil y un agujeros!

Abrazó impulsivamente a Bill que viajaba en el asiento delantero.

—¡Ha sido horrible, Bill! ¡Lo vi todo mientras estaba escondida en el ayuntamiento!

—De modo que allí te ocultaste.

—Comprendí que una mujer era un estorbo en una situación como la que acabáis de sufrir. Por eso me convertí en humo cuando se produjo un descuido.

—Eres una mujer muy hábil.

—Y vosotros sois muy valientes. Max estuvo muy bravo con aquellos desalmados.

Lo besó en la oreja y el hombrón hizo un quiebro con el volante y el coche derrapó locamente.

Luego, recuperaron el nivel normal de marcha, en dirección a la

ciudad.

Max y Betty se quedaron en el hotel ocupando las sendas *suites* alquiladas porque llevaban mucho sueño retrasado y no se podían tener en pie.

Bill Mason aguardó en la entrada de la feria.

Y cuando vio llegar al comisario Keller se le aproximó, lo tomó del brazo y pasó por delante del portero, saludando alegremente.

Lo hacía para no pagar los diez dólares de entrada.

El comisario se sacudió de la presión del joven.

—Suélteme, infiernos. Huele usted a delincuente.

—Es que no quiero pagar los diez pavos y tampoco tengo pase. Por eso quiero que nos vean juntos...

—Usted es un caradura, Mason.

—¿Por qué no fumamos la pipa de la paz, comi?

—¡No me llame «comi»! ¡Para usted soy el señor Keller! O mejor, comisario Keller.

—Está bien, Keller. Siempre será usted un cascarrabias. Adiós.

El joven se apartó del policía y se sacudió las manos para evitar toda contaminación.

Keller le dirigió una mirada maligna y lo siguió con la vista hasta que lo perdió entre el gentío.

Bill se colocó detrás de una espesa columna de público que se dirigía a la sala de subastas.

Fue cuando halló al ranchero Kid Milis que ostentaba un ojo morado, resultado de la pelea de la subasta de mujeres.

Tras él trotaban el calvo Roy Fox, el rubio Alan Cronin y el gordo sudoroso llamado Bev Shaw.

—Demonios, Mason, ¿dónde estaba metido? —exclamó Milis.

—He vivido una aventura western.

—No me diga.

—Cuatro pistoleros me secuestraron y querían matarme.

El rostro del ranchero no denotó ninguna expresión. Parecía ajeno a la aventura del joven.

Sin embargo, el delgado y calvo de nariz aguileña llamado Roy Fox se comió una uña nerviosamente.

—¿Qué ha pasado? —murmuró, mirando a Mason.

—Hubo una ensalada de tiros y se produjeron muertos.

—¿De veras?

Bill le clavó la mirada.

—¿Qué sabe usted del asunto, señor Fox?

El tipo de la nariz ganchuda se vio acometido de un acceso de tos.

—Verá, Mason. Dos tipos me preguntaron acerca de usted y su amigo. Yo creí que eran dos compradores de sus piensos compuestos. Pero por lo visto es que querían secuestrarlos.

—¿Los había visto alguna vez, señor Fox?

—Jamás.

Bill emitió un gruñido.

—Me lo figuraba. Los tipos me vieron con ustedes y trataron de sacarles información.

—Les dije que usted se alojaba en el mismo hotel que nosotros.

—Mal hecho.

—Si —murmuró nuevamente Fox—. Tal vez sus compinches busquen la revancha. ¿Dijo «muertos»?

—Y no pocos.

Fox miró a sus tres colegas rancheros.

—¿Están oyendo esto, muchachos? Creo que hay algo detrás de la feria que está oliendo muy mal.

Bill lo miró ceñudo.

—Hable, señor Fox. Usted sabe algo más.

El tipo de la nariz en gancho pareció preocupado.

—Nos tiene muy pensativos a los cuatro la muerte de nuestro colega Geoffrey Heat. Y también la muerte de su rubia secretaria. Todo ha sido muy extraño.

—Prosiga.

—Geoffrey Heat parecía en dificultades desde hacía tiempo. Era un tipo muy hermético. Nunca abría la boca. Pero se evidenciaba que andaba metido en algún lío.

—¿Qué clase de lío, señor Fox?

—Nunca pude averiguarlo.

—Yo me encargo de aclarar el asunto.

Fox alzó las cejas.

—¿Usted? ¿Por qué no deja el enredo a la polida? El comisario Keller ya nos ha hecho preguntas acerca de Geoffrey Heat. Le hemos contado todo lo que sabemos.

—¿Qué saben ustedes?

Ahora fue el rubio Alan Cronin quien intervino:

—Heat era el más misterioso del consorcio ganadero. La verdad es que era el rancharo más importante. Posee... Poseía muchas cabezas de ganado, una granja enorme, una organización de las más importantes de Kansas.

—¿Tienen alguna idea de quién pudo matarlo? —dijo Bill.

Todos movieron las cabezas negativamente acompañándose de gruñidos.

—¿Qué hay de su esposa?

—¿La de Heat? —dijo el tipo de doble papada que sudaba a chorros.

Bill lo contempló.

—¿La conoce?

—Mi esposa y ella se relacionaron algún tiempo. Bien, mi esposa se apartó porque la señora Heat no le gustaba demasiado.

—¿Por qué?

El gordo se enjugó la transpiración con un pañuelo de color.

—Bueno, Harriet Heat es demasiado joven para un hombre como Geoffrey. Tiene veinticinco años menos que él. Era una empleada sin relieve. Y consiguió engancharlo y casarse. Mi esposa y otras malas lenguas opinan que la joven señora Heat tenía un amante.

—Hola.

—Tal vez la señora Heat y su amante colocaron la bomba en el helicóptero del rancharo.

—¿Cómo sabe usted que fue una bomba, señor Shaw?

—Porque nos lo ha dicho el policía Keller cuando nos interrogó. También nos comunicó lo ocurrido con la secretaria rubia que Heat trajo a la feria. Los dos están muertos.

—Sí —rezongó Bill, meditativo—. Muertos.

El rancharo de gruesa cabeza llamado Kid Mills alargó el cuello y anunció:

—Eh, camaradas, ya estamos llegando.

—¿Adónde? —dijo Bill.

—A la subasta del ganado. Es la primera etapa. Y quiero ver hasta dónde alcanzan los precios de las reses modelos. De las escogidas. ¿No dijo usted que quería comprar un buey llamado «Cornelius»?

—Sí.

—Pues ahora lo ofertan.

Bill dio un respingo.

—¿De veras?

—Por eso lo estábamos esperando con impaciencia, Mason. Porque sabíamos que usted se interesa por el buey.

Bill se vio acometido de cierto nerviosismo.

Empujó la fila de público que se aproximaba al pabellón de subastas de reses.

Una orquesta atronaba en el interior.

El grupo avanzó a trompicones entre el gentío.

Bill se coló por un lado del pabellón y nadó entre los concurrentes que atestaban el pabellón de subastas.

Los mugidos de los animales acompañaban a la orquesta y el jolgorio era grande.

Un tipo de anchos hombros con sombrero de ala ancha sacudió una campana, silenció la orquesta y la exhibición de animales comenzó.

Bill tropezó con un muro de cemento que no era otro que el ranchero Adam *Spot* el tipo que pujó con él para obtener a Betty Rusell en la clandestina subasta de mujeres.

Spot se echó el sombrero atrás.

—Oiga, ¿me lo voy a encontrar hasta en la sopa?

—Escuche, dinosaurio. Ya no quiero más dificultades con usted.

Spot rió estruendosamente.

—Me alegré mucho de ver cómo lo detenían.

—¿De veras, mastodonte?

—Y seguro que no ha podido abrazar a la bella morena.

—Mire, *Spot*. El tinglado que se montó en el pabellón secreto sólo era un complejo de trata de blancas. La muchacha que «compré» era un agente encargado de aclarar el sucio negocio.

Spot se rascó el cráneo.

—Algo me sospechaba.

—Ahora déjeme en paz porque voy a comprar un buey.

—¿Qué buey?

—Ese de manchas blancas y negras que está al final de la hilera.

—¿De veras? —Entrecerró *Spot* los ojos.

—Sí, y tampoco pienso dejármelo arrebatar.

—A mí lo que me interesan son las mujeres.

—Ya lo noté.

—Le doy lo que me pida por la morena Betty.

—No está en venta.

—Todo tiene un precio en este mundo.

—Le dije que es un agente secreto para descubrir el infame tráfico.

—Pero los agentes secretos femeninos también hacen el amor.

—Váyase al infierno, *Spot*.

—No le compraré sus piensos compuestos.

—¿Cómo sabe que los vendo, *Spot*?

—Aquí las noticias vuelan. Le compro dos toneladas de esa basura que vende si me presenta a la morena. Estoy loco por ella.

—Se va a quedar con las ganas, ranchero.

—¡Tres toneladas!

Bill sacudió una mano al aire despreciativamente.

Se alejó en dirección al buey manchado de blanco y negro.

Pero emitió un respingo al ver que el lugar del animal se hallaba vacío.

Preguntó al encargado, un tipejo de nariz en forma de berenjena:

—¿Y el buey?

—Ha sido retirado porque ya tiene un comprador.

—¡Eso es irregular! —protestó el joven.

—Pase y hable con la señorita Muriel. Se halla en el almacén.

Bill trotó hacia el almacén.

Dentro había muchas reses atadas a las barras de las jaulas de madera.

La señorita Muriel era una rubia muy bien formada que portaba anteojos de mucha graduación, pero resultaba atractiva.

—¿Dónde han puesto a «Cornelius»?

La muchacha se apretó las gafas contra el puente de la nariz y apuntó con un bolígrafo.

—¿Para qué lo quiere saber?

—Vengo a recogerlo.

—En nombre de quién.

Bill hizo un gesto de impaciencia.

—Oiga, muñeca. Soy un enviado. No sé más.

La rubia lo contempló de arriba abajo y Bill comprendió que podía sacar partido de aquello.

—¿Cuánto mide usted? —dijo ella.

—Un metro noventa.

Ella silbó.

Bill la atrapó por la cintura y la besó en los labios.

Se exponía a un bofetón y la chica no era débil.

Pero ella colaboró con el beso y, cuando se pudo apartar, respiró con fuerza.

—Demonios, qué impulsivo.

—Eso lo demostraré después.

—¿Cuándo, patas largas?

—Al final de la subasta. Cenaremos los dos juntos.

—Falta mucho para la noche.

—Pues merendaremos.

Ella se ahuecó el cabello. El joven moreno le gustaba a rabiarse. Lo delataban sus azules pupilas.

Fue cuando Bill enganchó el buey por el ronzal de cuerda.

—Bueno, me lo llevo.

Muriel cerró los ojos y aproximó sus húmedos labios al joven.

Con el buey en la mano, aprovechó la otra libre para enlazar a la rubia y besarla convenientemente.

Cuando la chica denotó ligeros vértigos, Bill salió corriendo con el buey.

Era un ejemplar enorme, pero dócil. Incluso lamió la mano de su nuevo amo.

Éste escogió una salida posterior, aunque no sabía dónde lo conduciría.

Un fulano malcarado tomó nota en un bloc y sufrió un equívoco porque dijo:

—Bueno, ya era hora de que llegara el peón. ¿Pongo el buey en la caravana?

—Desde luego —dijo Bill, tentando a la suerte.

No sabía a qué se refería el tipo, pero quería salir de allí cuanto antes con el animal.

Entre Bill y el empleado colocaron en un pequeño vagón al buey.

El vagón estaba enganchado a un Cadillac de vieja matrícula.

Bill se puso a manejar y arrancó muy aprisa.

En la puerta de salida posterior dio un brinco en el asiento porque vio aproximarse a Betty Rusell.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Porque Max ronca como un rinoceronte.

—Vuelve al hotel.

—¿Por qué?

—Ahí afuera andan dos tipos buscando al buey. Y sospecho que te has metido en otro lío.

—Lárgate, cielo.

—No, Bill. Me sacaste de un buen lío y quiero colaborar.

El dejó que ella se colara en el vehículo, aunque a regañadientes.

El Cadillac arrastró el vagón sin dificultad porque tenía gran cilindrada.

—¿Dónde piensas esconder el bicho, Bill?

—¿Cómo sabes que voy a esconderlo?

—Está claro. Lo has robado.

—¿Tengo cara de ladrón?

—Sí, amor.

Bill masculló un juramento, pero en el fondo se sentía muy satisfecho de la compañía de la muchacha.

Era algo que no podía controlar. Deseaba tenerla muy cerca.

—Voy a camuflar al buey en el pueblo fantasma.

Betty soltó una exclamación.

—¡Cielos, tienes imaginación! ¡Allí no lo podrán hallar!

—Eso espero.

—Dime, Bill. ¿Qué le pasa al buey?

—No lo sé. Lo único que quiero es seguir al pie de la letra las instrucciones del difunto Geoffrey Heat. El buey era muy importante para él y quiero tenerlo a mi lado.

—Comprendo. Si el animal tiene algún misterio, los interesados tratarán de recuperarlo.

—Y entonces yo haré las respectivas indagaciones para descubrir el enredo.

Al pasar por delante del hotel Kansas, Bill frenó en seco porque en la acera se hallaba Max Leonard.

—¿Por qué no están todos durmiendo? —dijo Bill.

—Acaban de arrojarme del hotel.

—¿Qué dices?

—El encargado ha sido debidamente informado por el comisario Keller. Saben que debemos un mes de alojamiento en el hotel La Tortuga Marina cuando estuvimos aquí en nuestro anterior viaje. En fin, Bill, me han desahuciado.

—Sube, demonios.

Max se cercioró del transporte y engulló aire.

—¡Lo conseguiste! —exclamó cuando ya rodaban a cincuenta millas por hora.

—Y lo custodiarás en el pueblo fantasma.

—Humes sagrados, Bill. No me lleses allí de nuevo.

—Es un lugar seguro, discreto, secreto...

—Un día sufriré un ataque.

Como ya habían enfilado la carretera principal, Bill se mantuvo en silencio para sacar el máximo partido al vehículo.

Quince minutos después se hallaban en el pueblo fantasma donde se rodaban films del oeste.

Escogieron un establo oculto en un lado del pueblo y el grandullón Max condujo el buey, lo ató a un palo y luego, se echó a dormir en la paja que cubría el suelo del local.

También introdujeron el vagón-caravana para no llamar la atención.

Con el Cadillac sin el peso de la caravana, Bill y Betty regresaron a la ciudad.

Abandonaron el vehículo en un callejón y se dirigieron al hotel Kansas.

—¿Qué clase de cueva es ésta? —gritó Bill ante una sala atestada de público.

El encargado empalideció.

—Señor Mason...

—Necesito las *suites* ahora mismo.

—Tendrá que pagar por anticipado.

El joven extrajo la bola de billetes de banco y traspasó unos cuantos al encargado.

—Le pago un poco por si tengo que huir de los chinches otra vez. El resto lo recibirá si no me comen vivo.

—¿Chinches? —gritó aterrado el encargado porque estaban

llamando la atención.

—Me han perseguido toda la noche.

Bill y Betty subieron a las habitaciones tomados de la mano.

Empujaron la puerta.

En la *suite* de Bill esperaban dos tipos que empuñaban sendas pistolas con silenciador.

CAPÍTULO VII

Bill ignoró las pistolas deliberadamente y se dirigió a los dos tipos.

—Escuchen, esta habitación está ocupada. Salgan de aquí.

El más regordete cerró la puerta.

—¿Vienen a limpiar el cuarto?

—Se está ganando un balazo en la pierna, Mason.

—¿Qué significa esto?

—Significa que venimos a por usted.

—No me diga.

—Llegamos justo cuando desahuciaban a su mastodonte. Pero decidimos esperar porque sabíamos que usted regresaría con alguno de sus trucos al hotel.

—El truco ha sido pagar el alquiler. Y ahora, lárguense de aquí. No tienen por qué arrojarlos a punta de pistola. ¿Ustedes son los detectives del hotel?

El regordete arrugó la boca con impaciencia.

—Oiga, Mason. No nos haga reír. No somos empleados del hotel.

—¿No?

—Somos pistoleros.

—¿Ha dicho pistoleros?

—¿Qué te parece, Daniel? —dijo el regordete a su compinche, un tipo muy alto y delgado, que masticaba un mondadientes.

—Se sigue haciendo el listo. Habrá que darle un escarmiento.

—Seguro, Daniel.

—Eh, Jess. Pregúntale por el buey.

El regordete Jess entrecerró los ojos.

—Sí, Mason, ¿dónde ha puesto el buey?

—¿Un buey? Oigan, yo sólo me dedico a vender piensos compuestos.

—Pero ahora se apodera de bueyes ajenos.

—No me gustan los bueyes. Huelen mal. O sea, a vaca.

El regordete Jess se rascó la mejilla con el silenciador de la pistola.

—Por favor, Mason, no trate de tomarnos el pelo. Somos dos tipos muy duros.

—¿Qué tan duros?

—¿Qué le parece si le metemos una bala en la rodilla a la chica y la dejamos coja?

—Ustedes no harán eso.

—No, Mason. No deseamos hacerlo. No nos gustan las chicas cojas. Y menos si tienen las piernas tan bonitas como ésta.

—Mire, Jess. No sé ni una palabra de bueyes.

—Usted estuvo en la subasta.

—Eso es cierto.

—Y cuando el buey «Cornelius» había sido retirado por un comprador, usted entró con su caradura y se lo llevó del almacén.

—Están en un error. Me he pasado la mañana en la piscina de la feria, ¿verdad, amor?

Betty asintió sobrecojada.

—En efecto. Nos hemos remojado en las azules aguas.

Los dos pistoleros gimieron impacientes.

El grasiento Jess apuntó a la muchacha en el rostro.

—La dejaremos chata, Mason. Y usted va a tener la culpa.

—Esperen, esperen —saltó Bill—. No serán capaces...

—Claro que seremos. Tendrá luego una novia como esas negras africanas que se colocan un anillo en la nariz. Le voy a hacer un buen agujero.

Betty bizqueaba ante la proximidad del cañón del arma.

—Por favor, Bill...

—De acuerdo. Hablaré.

Los dos pistoleros se miraron sonrientes.

—Sabíamos que lo haría, Mason —dijo Jess.

Cuando éste retiró el arma de la bella nariz de Betty, Bill se dejó caer en el sillón como dispuesto a hablar.

—El buey está caminó de Nueva Orleans. Allí tengo mi cuartel general.

—Mal, Mason. Está mintiendo.

—No, Jess. Max se fue con él.

Los dos pistoleros se consultaron con la mirada.

Fue el alto Daniel quien atrapó el teléfono y marcó una cifra.

Le contestaron de la centralita y rogó que le marcaran un número exterior.

El tipo que se puso al otro lado del hilo recibió el informe de Daniel.

Bill escuchó los alaridos del que estaba hablando con Daniel y se oyó con claridad las palabras: «estúpidos del demonio, Mason ha ocultado el buey en esta ciudad».

Cuando colgó Daniel, apuntó con la pistola entre Bill y Betty.

Fue cuando el joven alargó una pierna e hizo saltar la mesa ratona que se hallaba en el centro de la *suite*.

La mesa golpeó a Daniel en el pecho y le obligó a soltar el arma.

Bill no perdió el tiempo y aprovechó la desorientación del regordete Jess.

Se precipitó sobre él, le percutió la muñeca con el filo de la mano y le obligó a abrir los dedos que aferraban la pistola.

Los dos tipos quedaron inermes en unos segundos.

Pero lo peor para ellos es que Bill Mason acababa de atrapar la artillería del alto Daniel y tos apuntaba indiscriminadamente.

—¿Quién se llevará la primera bala? —dijo Bill.

El regordete se echó a temblar.

—¡No, Mason! ¡No tire!

—Se lo merecen. Los voy a dejar sin narices a los dos.

—Por favor, Mason... Sólo somos pistoleros.

—¿Les parece poco?

—Trabajamos por un precio. Nos dijeron que viniéramos aquí para sonsacarlo.

—Pues se han lucido.

—Oiga, Mason. Nos iremos... usted gana.

—Primeo me tienen que decir quién les paga.

—No lo sabemos. Recibimos instrucciones por teléfono. Después, nos tenían que pagar el servicio.

—Contaré hasta tres.

—¡Le digo la verdad, Mason!

—Uno.

Jess rompió a sudar.

—¡Ignoramos quién es el tipo...!

—Dos.

—¡No nos mate, Mason!

—Tres.

—¡Espere, espere! —gritó Jess aterrado—. ¡Creo que reconocí la voz! Sí, la voz me resultó familiar.

Bill abatió unas pulgadas el arma.

—¿Qué voz?

—La del fulano que nos contrató por teléfono. Nosotros andamos siempre por los billares de Sammie. Tenemos fama de matones y hacemos algunos trabajos. Bien, alguien que tiene una voz conocida para mí, nos contrató para darle a usted el susto. Para que hablara respecto al buey.

—¿Quién es el tipo?

Jess se llevó un pañuelo a la frente porque sudaba copiosamente.

—Un empleado de alguien a quien usted conoce. Se llama Pat.

—Me refiero al que yo conozco. No al que les dio el aviso.

Jess se humedecía los resecos labios.

—Adam *Spot*.

Bill emitió un respingo.

—¿El ganadero?

—Sí, señor Mason.

—¿Se refiere al gigantón que peleó conmigo durante una subasta de mujeres?

—El mismo. Y hace poco rato usted y él también tuvieron una conversación en la subasta que incluía a «Cornelius». Los vimos hablar.

—¡Ese bastardo...!

—Es un tipo muy rico, señor Mason.

Bill se dirigió al alto Daniel.

—Marque el número de antes y díglele al hijo de perra de Adam *Spot* que quiero hablar con él.

—Nos va a matar por esto, Mason.

—Si no lo hacen los mataré yo y su vida será más breve.

—No, Mason. No nos haga la canallada de apretar el gatillo.

—Andando, Daniel. Disque el número.

El alto se precipitó sobre el teléfono y el disco voló bajo su dedo.

Pronto se pusieron al habla con el otro lado.

Bill arrebató el auricular de manos de Daniel.

—Que se ponga el cerdo de Adam *Spot*.

Al extremo del hilo se escuchó un titubeo y, luego, Bill oyó la voz del ganadero de recia contextura:

—¿Quién anda ahí?

—Soy Bill Mason.

—¡Mason!

—¿Creyó que no lo hallaría, puerco?

Se escucharon unos ruidos indefinidos.

Luego, la voz del ranchero resonó en el oído de Bill.

—¡De acuerdo, Mason! ¡Quiero el buey!

—¿Porqué?

—No es suyo.

—Pero Geoffrey Heat me pidió que lo consiguiera. Usted lo sacó de la subasta antes de que yo pudiera comprarlo.

—Olvídese de las compras, Mason. Quiero el buey y le pagaré lo que haga falta.

Bill se humedeció el labio inferior.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—No, *Spot*.

—¡Infiernos, le daré mil! ¡Dígame dónde está escondido el buey y tendrá sus mil machacantes!

Bill mintió, aventurando una cifra para cerciorarse del alto precio del buey y lo que significaba para Adam *Spot*:

—Geoffrey Heat dijo que valía cien mil.

El ranchero soltó un rugido.

—¿Está loco, Mason? ¡Le daré cinco mil! ¡Cinco mil dólares y no se hable más!

Bill sabía ahora que el buey tenía un valor incalculable para el ranchero.

—Lleguemos a un principio de acuerdo.

—¿Qué quiere decir, Mason?

—Propongo una entrevista para negociar.

—Siga hablando, Mason.

—He de verle y, luego, le entregaré el buey si me paga bien.

—¿Qué le parece la misma feria del ganado? Es terreno neutral.

Bill titubeó un segundo.

Luego, asintió.

—Aquello está atestado de gente.

—Los establos se hallarán desiertos a esa hora, Mason. Acuda allí y le pagaré.

—En billete menudo.

—Muy bien, Mason. A las ocho en el establo de la feria.

Bill colgó el teléfono.

Apuntó a uno y a otro de los dos pistoleros.

—Háganse humo, hijos.

—Eh, devuélvanos las pistolas. Son muy caras.

—Salgan de aquí antes de que le dé gusto al gatillo.

—¡Son nuestros instrumentos de trabajo!

—Pues han perdido las herramientas. A volar.

Los dos sujetos salieron de la *suite* rezongando por lo bajo.

Betty se lanzó en brazos de Bill y lo besó en los labios.

—Eres un tipo estupendo.

—Porque me obligan las circunstancias, nena.

—Dame una pistola.

—¿Para qué? No irás a suicidarte... Tú y yo nos queremos. Tenemos por delante unas perspectivas estupendas...

—No, Bill. Necesito la pistola para ayudarte. Para protegerte cuando acudas a la cita con Adam *Spot*.

—No, primor. Te llevaré al aeropuerto y regresarás a San Francisco. Deja el caso en mis manos.

—Por favor, Bill. No soy una modista. Soy una chica que sabe hacer la guerra. Recuerda que la policía de San Francisco y agentes especiales me encomendaron un asunto peligroso que ya tengo resuelto. Sé manejar un arma y te ayudaré.

—Tienes la cabeza muy dura, linda.

—Mucho, cariño.

Los dos jóvenes salieron de la *suite* después de repartirse las armas con silenciador de Jess y Daniel.

Bill colocó la larga pistola insonorizada dentro del bolsillo de su cazadora. Como no le cabía porque era muy larga, hizo un agujero y el cañón se enterró en los forros.

La muchacha colocó la artillería en un flanco que correspondía a su sujetador, justo debajo del sobaco.

Poco después llegaron a las oficinas de registro de la feria.

El empleado, un sujeto pequeñajo con cara de ratón, señaló un rótulo en la puerta.

—¿Es que no saben leer? Acabo de cerrar.

Bill lo atrapó por el pescuezo.

—Oiga, hermano. Necesito un informe.

—Vuelva mañana a las ocho.

—¿Sabe que a veces me pongo violento?

El tipo que parecía un ratón consideró los noventa kilos de peso del visitante y su altura cercana a los dos metros y se humedeció los labios.

—¿Qué quiere, campeón?

—Darle diez dólares por sólo unos minutos de su trabajo.

El ratón pataleó en el aire, pero su rostro denotó gran satisfacción.

—¿Va a pagarme diez pavos?

—¿Cree que soy un tipo que abusa de los pequeños?

Bill extrajo el dinero y lo puso en manos del empleadillo.

Éste corrió detrás del mostrador, los ojos brillantes de admiración por aquel joven tan simpático.

—Pregunte.

—Consulte los registros y dígame dónde se dirige un buey que se llama «Cornelius».

—¿Dónde se dirige? ¿Quiere decir cuál es su destino?

—Exacto.

El tipejo hizo volar páginas de los folios del registro y no tardó en dar con los datos.

—«Cornelius», buey semental para la cría. Tiene licencia de exportación para Europa.

—¿Europa? —exclamó Bill.

—Sí, hermano. Hay una documentación auxiliar, como certificado veterinario, permiso de salida del país y varios papeles más para colocar al bueno de «Cornelius» en el corazón de Europa. La orden de embarque también está registrada.

—Gracias, león.

El pequeño empleado dio un brinco.

—¿Y así me gano diez dólares?

—Y el agradecimiento de Bill Mason que soy yo —agregó el

joven tirando de la mano de la hermosa Betty.

Como sobraba tiempo, Bill y Betty aprovecharon un *snack-bar* para comer emparedados y beber cerveza.

Luego, se dirigieron a los establos de la feria.

Las reses mugían en sus encierros.

El público visitante había desaparecido.

Los dos jóvenes intuyeron que la cita sería en el establo Oeste por ser el más lejano.

Acudieron siempre tomados de la mano e irrumpieron en el local.

Ya los estaban esperando.

La concurrencia era bastante numerosa.

El que los dirigía era el mismísimo Adam *Spot*, destacando su enorme estatura y sus hombros poderosos.

En total eran unas quince personas, incluidos los peones del hombrón.

—Eh, Mason. Siento decirle que la situación ha cambiado.

—¿Qué quiere decir, *Spot*? No le entiendo.

El ganadero respiró ruidosamente.

—Usted y yo nos citamos para negociar. Para que me entregara el buey a cambio de un puñado de dólares.

—¿Y?

—Usted ya no me hace falta. Ya tengo el buey.

Bill emitió una falsa carcajada.

—El buey está a buen recaudo.

Spot arrugó la boca fingiendo amargura.

—No, Mason. Usted ha perdido. El buey lo tengo acá.

—No.

—Sí, Mason. Lo hemos recuperado. Tuve que contratar a un par de piojosos detectives privados. Y han conseguido rescatar la res del agujero donde usted la metió: la ciudad fantasma.

Bill sintió la boca seca.

Alguien abrió un portón, se escuchó el motor de un automóvil y, por el hueco, apareció el viejo Cadillac tirando del vagón donde se suponía viajaba «Cornelius». Junto al conductor sentábase el grandullón Max, el rostro compungido y triste.

Adam *Spot* rió con ganas.

—Aquí tenemos a su amigo Max, a «Cornelius»... ¿No soy un

tipo inteligente, Mason?

Max saltó del pescante del vehículo y corrió hacia su socio.

—¡Lo siento, Bill! Me sorprendieron tres tipos con pistolas y se nos llevaron a mí y al toro.

—Tranquilo, Max.

—¿Qué va a sucedemos?

Adam *Spot* sacudió la cabeza riendo.

—Nada malo, caballeros. Van a ganarse unos dólares. Pero no serán los cinco mil.

—¿Cuántos?

—Cien cochinos pavos y den gracias al cielo que Adam *Spot* es un tipo generoso. ¡Final de esta gran aventura!

Los peones de *Spot* aplaudieron a su jefe porque eran todos unos vendidos sin la menor vergüenza.

En aquel justo instante, irrumpió en el establo el comisario Keller y su ayudante el sargento Slim Dover.

—¡Mason, queda detenido por intento de robo de un buey! ¡Y usted también, Max Leonard!

—Ya la hemos liado otra vez —gimió Max, por lo bajo.

Cuando la cosa estaba al rojo vivo, por el portón aparecieron dos sujetos muy conocidos de Bill y Max.

Eran los dos agentes números siete y doce que le dieron tanto gusto al gatillo en la ciudad fantasma.

Todos respingaron a coro al ver a los dos tipos con gafas negras que los asemejaba a un par de calaveras.

Como portaban las armas en la mano, el comisario Keller masculló:

—¿Qué pintan ustedes aquí? ¿Quiénes son?

El más recio de los hombres con anteojos negros entreabrió los labios y murmuró:

—Usted es un cretino, policía.

—¿Cómo?

—No se entera de nada. En cambio, Bill Mason está al corriente de todo.

El comisario Keller vio las credenciales de los dos tipos recién llegados y giró bruscamente la cabeza hacia Bill.

—¡Hable, Mason! ¡Llegaré hasta el fondo de este asunto!

Bill Mason avanzó unos pasos y atrajo la atención de la

concurrentia.

—¿De veras quieren que hable?

—¡Cante de plano!

Bill asintió.

—Está bien, cantaré.

CAPÍTULO VIII

Bill Mason se paseó pensativo por la plaza que habían abierto los tres bandos: *Spot* y sus hombres, el comisario, y los dos agentes especiales con gafas negras.

—Con la venia de la sala —empezó Bill, deteniendo sus pasos un momento—. Este ministerio fiscal demostrará que Adam *Spot* es el cabecilla de una organización del más sucio espionaje de estos últimos tiempos.

Adam se echó a reír.

—Usted es un payaso, señor Mason.

Bill le clavó la mirada.

—En cambio usted es un traidor. Un tipo vendido a una potencia extranjera. Y eso es peor.

—Tenga cuidado con lo que dice. Demuéstrelo, Mason.

Bill respiró hondamente.

—Lo vi todo claro cuando atrapé a «Cornelius». Estudié cuidadosamente al animal cuando detecté tanto interés por él. El difunto Geoffrey Heat me pidió por carta que consiguiera el animal a cualquier precio. De hecho, me proporcionó varios miles de dólares para que lo obtuviera en la subasta de reses. Y Heat murió en el aire con su helicóptero envuelto en fuego.

—Siga, Mason. Nos está partiendo el corazón con tanto dramatismo.

—Allá voy, señor *Spot* —Bill se revolvió hacia él—. También murió apuñalada la secretaria de Heat. ¿Por qué?, por la misma razón que su patrón. Ambos no querían que el buey saliera del país. Tal vez impidieron de alguna manera que el plan se llevara adelante. Ello les acarreó la muerte. También se nos quiso sacar de la circulación a Max y a mí. ¿Por un simple buey? Algo había en el

bicho que era una amenaza de muerte para todo aquel que se relacionara con él.

—No divague, Mason —interrumpió ceñudo el comisario.

—Iré al grano —abrió los brazos Bill como si estuviera en una sala de juicios—. Observé detenidamente al buey y no pude hallar nada hasta que reconocí en una de sus manchas una figura semejante a un cayo de Florida.

—¿Un cayo...? —masculló el comisario—. ¿Se refiere a una de esas lenguas de tierra que entran en el mar, en el Sur?

—Precisamente, Max y yo hemos pescado mucho por esa costa cuando no teníamos un centavo para comer. ¿Recuerdas, Max?

El hombrón estaba afónico ante las circunstancias, pero alcanzó a murmurar:

—Sí, Bill. Allí pescábamos los tarpones que luego vendíamos en la pescadería. Nos conocemos esos rincones de memoria.

Bill asintió de una cabezada. Luego, dijo de un tirón:

—El Cayo de Florida, llamado Benson, está perfectamente dibujado en la nalga del animal. La mayor parte de las manchas del buey están pintadas con tintas especiales que simulan manchas naturales. Pero son mapas. Una zona de Florida donde se hallan las defensas del país. Las bases de «missiles» que constituyen nuestra respuesta ante una agresión extranjera. Todo está en la piel del buey Es un puro plano.

—Ahora nos cuenta uno de Blancanieves —rió *Spot*.

—Se puede comprobar químicamente que el buey está pintarrajeado.

—¿Y qué, infiernos? Todos los que tratamos con reses sabemos que se repintan a veces para hacerlas atractivas. Es una práctica de siempre. También se pintan los canarios, los perros, en fin, muchos animales. Todo en pro de la estética.

—Valiente estética tiene usted, *Spot*. Usted iba a remitir el buey a Europa. Lo he comprobado en la oficina de registros.

—¿Es malo? Yo exporto reses al extranjero.

—Seguro que ha exportado otras con planos, *Spot*.

—Está chiflado. Apuesto a que nadie es capaz de descifrar defensas del país con una simple piel de buey.

—Para eso estará la cápsula.

—¿Cápsula?

Bill sacudió la cabeza.

—Palpé al buey de arriba abajo y hallé un bulto en el pecho. En su papada. Alguien ha insertado quirúrgicamente allí una cápsula, probablemente de platino u otro metal inoxidable.

Spot palideció de repente.

Uno de los agentes, el siete, corrió hacia el vagón y regresó a los pocos segundos dando cabezadas de asentimiento.

—¿Cree usted que esa cápsula contiene un microfilme proyectable sobre la piel del buey? —dijo.

—Exacto, agente número Siete. El microfilme puede colocarse en una pantalla y dibujar sobre el mapa del buey una serie de coordenadas y símbolos que sirven para identificar las defensas de nuestro país. Cada res exportada por Adam *Spot* es una descripción minuciosa de zonas bélicas. Apuesto a que *Spot* no es la primera vez que ha filtrado esos datos mandando bueyes a Europa. Al agente extranjero que espera allá los informes.

—¿Por qué no me habló de esto antes, Mason? —dijo el comisario.

—Sospechaba de cuatro honrados ganaderos: Kid Milis, Roy Fox, un rubio llamado Alan Cronin y un gordo que atiende por Bev Shaw. Pero son inocentes aunque pertenecen al mismo consorcio ganadero que Adam *Spot*. Tampoco me fié de usted, comisario.

—¿Cómo?

—Bueno, en eso me equivoqué. Es usted un buen policía.

—¿Cómo ha podido dar con la clave del enredo, Mason?

—Leí una vez un caso similar en una novela llamada *Espías y Espionaje*.

El comisario hizo un gesto de asco.

Adam *Spot* parecía pensativo desde hacía rato y anunció de repente:

—¿Saben? El bastardo de Bill Mason nos ha descubierto el juego.

—¿De modo que confiesa? —dijo Bill.

—¿Qué voy a hacer? Usted es un bocazas, Mason. Hay que afrontar la realidad.

—Van a detenerlo.

—¡Qué va! ¡Voy a comprarlos a todos! Sí, señores. Unos van a recibir un montón de dólares por cenar el pico. Y otros de ustedes

van a recibir una ración de plomo para que no hablen más.

El silencio se hizo tenso.

Spot agregó:

—Yo señalaré quién cobra en plomo y quién cobra en oro.

—Nadie va a venderse, *Spot* —dijo Bill.

—Cinco mil dólares por barba si todos se callan. Incluida la bella Betty, su amigo Max, los agentes y los policías...

—No cuela, *Spot*.

—Eh, estamos solos. Tengo una docena de hombres armados. ¿Se propone que organice una matanza general y, luego, los entierro debajo del estiércol de la feria?

—Usted es muy capaz, *Spot*. Ya mató a Heat, a su piloto, a la secretaria y nos pensaba liquidar a nosotros fríamente en la ciudad muerta. Usted es una máquina de asesinar.

—Mejor si se ponen de acuerdo conmigo. Me repugna ordenar ejecuciones masivas. Pero si no tengo más remedio... ¿Verdad que soy un cínico?

Se acompañó con una risotada.

Las manos de los presentes iban camino de las culatas de pistolas y revólveres.

El silencio cayó en el establo como una pesada losa.

La balbuceante voz del comisario resonó como un último recurso:

—Oiga, *Spot*. Entréguese. No le van a caer demasiados años...

—Estúpido —dijo *Spot* y extrajo una pequeña metralleta de debajo de su casaca.

Fue como la última señal.

Todos echaron mano a las armas.

De repente, el establo se convirtió en una sucursal del infierno.

Los hombres de *Spot* disparaban en abanico.

El comisario recibió dos balazos y uno su ayudante Slim Dover.

Pero accionaron los gatillos para defenderse.

Bill saltaba por encima de los abrevaderos y también hacía saltar la pistola con silenciador en su mano.

Los dos agentes, Siete y Doce, eran dos volcanes de fuego. Aunque el agente número doce pronto quedó degollado por una ráfaga y murió encima de una vaca suiza.

Los hombres de *Spot* corrían de un lado a otro haciendo crepitar

las armas.

La misma Betty colaboraba en el tiroteo codo con codo al lado de Bill.

Éste la derribó para sacarla del lío.

E hizo varios disparos sobre el enloquecido Adam *Spot*.

Uno de los proyectiles decapitó al espía *Spot*.

El hombrón enterró sus restos en un montón de heno.

El policía Keller daba alaridos de dolor, junto a su ayudante el sargento Dover y ordenaba la rendición de los supervivientes porque ya no le quedaba munición y quería acabar con aquel infierno.

Nadie le hizo caso.

Los hombres de *Spot* avanzaron hacia Bill, Max y Betty y los envolvieron en un abanico de balas.

Iban a morir a manos de aquellos pandilleros disfrazados de peones de rancho.

Bill colocó un plomo en el ojo del que parecía la voz cantante del grupo.

Corrió con Betty y Max, los tres a gatas por entre los compartimentos de los establos.

Las reses mugían con fuerza.

Y cuando las cosas se pusieron mal para los tres amigos, de repente ocurrió el milagro.

Por la puerta del establo, aparecieron accionando sendas armas los cuatro miembros del consorcio ganadero.

En cabeza iba Kid Milis que hacía ladrar un enorme Colt 45.

Le seguían el rubio Alan Cronin, luego, el calvo de nariz aguilena Roy Fox que también disparaba de un lado a otro.

El gordo de doble papada que atendía por Bev Shaw hizo tronar una escopeta con posta que causó efectos devastadores entre los restos de la pandilla de Adam *Spot*.

Sólo quedaron tres miembros que levantaron las manos en alto y se rindieron a voz en cuello.

El tiroteo acabó súbitamente.

El comisario salió de su parapeto gritando que todos se hallaban detenidos, pero lo dejaron aullar porque se evidenciaba que sufría un ataque de histerismo.

No era para menos porque el establo se veía sembrado de

cadáveres y aquello impresionaba al más pintado.

Max temblaba agarrado a un toro que mugió agradecido.

Entretanto, Bill y Betty habían soltado las armas y se abrazaban con fuerza, los ojos cerrados, sintiendo palpar sus corazones al unísono.

—Ha sido horrible, Bill —murmuró ella.

—Ya ha pasado todo, querida.

Y él la besó suavemente en los rojos labios.

Bill condujo a Betty cerca del avión que salía para San Francisco. Se miraron a los ojos intensamente.

Habían pasado dos días desde la terrible pesadilla en el establo de la feria de ganado.

Los reactores del aparato zumbaban con fuerza y tuvieron que alzar mucho la voz para poder entenderse.

—¿Vendrás a San Francisco, Bill?

El joven gritó a causa de los motores.

—Prepara un apartamento para que vivamos los dos allá.

—¿Vas a casarte conmigo?

—Y tendremos una docena de hijos —aseguró gravemente Bill

—. Formaremos una orquesta familiar. El mayor tocará el bombo.

Los dos jóvenes rieron con ganas.

De repente se pusieron serios.

Se abrazaron estrechamente.

Unieron sus bocas en un largo beso.

Betty se apartó y corrió hacia el avión que ya no esperaba más pasajeros.

Luego, los dos jóvenes se saludaron desde lejos.

El avión partió.

Se alejó en el espacio con un rugido.

Max Leonard llegó trotando al lado de Bill, el espanto pintado en su rostro.

—Hemos de huir, Bill —gargarizó.

El joven emitió un respingo.

—¿Huir?

El hombrón temblaba como una hoja.

—Es nuestro destino, socio.

—Eh, ¿de qué hablas?

Max era una hoja sacudida por el viento a causa del nerviosismo

que lo embargaba.

—¿Recuerdas la ciudad muerta?

—¿No la voy a recordar?

—Me metiste en un establo lleno de paja para cuidar a «Cornelius».

—No se me olvida.

Max se humedeció los gordos labios.

—No tuve tiempo de contártelo, muchacho.

—¿Qué pasó?

—Hallé escondida debajo de la paja una bolsa.

—Sigue.

—Aquí tengo la bolsa —Max mostró un saco de plástico cuyo contenido pesaba tres kilos.

—¿Qué es esto, Max?

—Compruébalo.

El joven miró con fijeza al hombrón, abrió el saco, introdujo un dedo instintivamente y pizcó los polvos blancos que contenía.

Se llevó el polvo a la boca y, después de saborearlo, soltó una exclamación y un escupitajo.

—¡Heroína! —chilló.

Max agitó su cabezón de arriba abajo con un gesto de amargura.

—No me atreví a entregar la bolsa al comisario por si está involucrado en el asunto. De modo que lo pondremos en manos de la brigada contra el vicio en Nueva Orleans.

—¡Demonios!

—Y lo malo está por venir. Hay tres tipos que me siguen.

—¿Has traído el viejo Cadillac?

—Está aparcado fuera.

Los dos socios corrieron como almas perseguidas por el diablo.

Entraron en el viejo vehículo y Max arrancó en segunda. Corrieron a lo largo de la carretera.

Pronto les siguió un negro automóvil.

De repente, sonó una ristra de estampidos.

Las balas picotearon en el Cadillac.

Max alargó el cuello y gimió, a punto de echarse a llorar.

—¡Bill, ya tenemos otro lío encima!

Y huyeron perseguidos por el plomo.

FIN

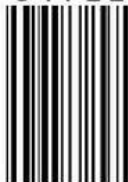


Rocco Laser es el seudónimo del escritor José Luis López Grau.



9 788402 025135

01722



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.